

Université de Montréal

La función social de la novela regionalista hispanoamericana

par

Philippe Gagnon

Département de littératures et de langues modernes

Faculté des arts et des sciences

Mémoire présenté à la Faculté des études supérieures

en vue de l'obtention du grade de magistère

en études hispaniques

août 2006

© Philippe Gagnon, 2006



Direction des bibliothèques

AVIS

L'auteur a autorisé l'Université de Montréal à reproduire et diffuser, en totalité ou en partie, par quelque moyen que ce soit et sur quelque support que ce soit, et exclusivement à des fins non lucratives d'enseignement et de recherche, des copies de ce mémoire ou de cette thèse.

L'auteur et les coauteurs le cas échéant conservent la propriété du droit d'auteur et des droits moraux qui protègent ce document. Ni la thèse ou le mémoire, ni des extraits substantiels de ce document, ne doivent être imprimés ou autrement reproduits sans l'autorisation de l'auteur.

Afin de se conformer à la Loi canadienne sur la protection des renseignements personnels, quelques formulaires secondaires, coordonnées ou signatures intégrées au texte ont pu être enlevés de ce document. Bien que cela ait pu affecter la pagination, il n'y a aucun contenu manquant.

NOTICE

The author of this thesis or dissertation has granted a nonexclusive license allowing Université de Montréal to reproduce and publish the document, in part or in whole, and in any format, solely for noncommercial educational and research purposes.

The author and co-authors if applicable retain copyright ownership and moral rights in this document. Neither the whole thesis or dissertation, nor substantial extracts from it, may be printed or otherwise reproduced without the author's permission.

In compliance with the Canadian Privacy Act some supporting forms, contact information or signatures may have been removed from the document. While this may affect the document page count, it does not represent any loss of content from the document.

Université de Montréal
Faculté des études supérieures

Ce mémoire intitulé :
La función social de la novela regionalista hispanoamericana

présenté par :
Philippe Gagnon

a été évalué par un jury composé des personnes suivantes :

Monique Moser-Verrey

président-rapporteur

Monique Sarfati-Arnaud

directeur de recherche

James Cisneros

membre du jury

Montréal, le 17 Novembre 2006

Ce mémoire traite de la fonction sociale du roman régionaliste hispano-américain à partir de l'approche de l'Esthétique de la réception. Dans la première partie, on y analyse la structure de trois romans représentatifs du courant, ainsi que leur inscription dans l'histoire de la littérature. Dans la deuxième partie, on tente de dégager des corrélations entre l'événement culturel que suppose le roman régionaliste et l'évolution des sociétés où il s'est manifesté.

On observera que le nouvel horizon qu'ouvre le roman régionaliste en critiquant les intérêts privés et en proposant de nouvelles valeurs de solidarité basées sur un attachement affectif au territoire régional, précède des changements d'orientation politique importants, tels l'intégration des syndicats aux appareils d'État et les réformes agraires. Il a fallu pour cela que le roman régionaliste dissocie le territoire régional de la signification qu'il avait eue jusque là. Ce ne devait plus être un espace à conquérir, ni le terreau d'une culture populaire barbare, mais une source d'inspiration pour générer de nouveaux idéaux sociaux, et la base d'un nationalisme inclusif.

Mots clés: La vorágine, Doña Bárbara, El mundo es ancho y ajeno esthétique de la réception

This M.A. thesis deals with the social function of the Hispano-American regionalist novel from the approach of Reception Theory. Part one contains an analysis of the structure of three novels representative of the movement, and its position in the history of literature. Part two attempts to bring out correlations between the cultural event implied by the regionalist novel and the evolution of the societies where it appeared.

We note that the new horizon opened by the critic of the private interests and the new values of solidarity based on an affective attachment to the land in the regionalist novel, precedes important political changes, such as the integration of unions into the state apparatus and agrarian reforms. To achieve this, the regionalist novel had to dissociate regional territory from the previous meaning that had been ascribed to it until then. It was no longer to be viewed as a territory to be conquered, or the homeland of a barbarian popular culture, but a source of inspiration to generate new social ideals and the basis of an inclusive form of nationalism.

Key words: La vorágine, Doña Bárbara, El mundo es ancho y ajeno
Reception Theory

Esta memoria trata de la función social de la novela regionalista hispanoamericana desde el enfoque de la Estética de la recepción. En la primera parte, se analiza la estructura de tres novelas representativas de la corriente, así como su posición en la historia de la literatura. En la segunda parte, se intenta destacar correlaciones entre el acontecimiento cultural que supone la novela regionalista, y la evolución de las sociedades donde se manifestó.

Se observará que el nuevo horizonte abierto por la crítica de los intereses privados y los nuevos valores de solidaridad fundados en un apego al territorio en la novela regionalista anticipa cambios de orientación política importantes, como la integración de los sindicatos a los aparatos estatales y las reformas agrarias. Por eso la novela regionalista debía disociar el territorio regional de la significación que había tenido hasta entonces. Ya no sería un espacio por conquistar ni el origen de la barbarie, sino una fuente de inspiración para generar nuevos ideales sociales, y la base de un nacionalismo inclusivo.

Palabras clave: La vorágine, Doña Bárbara, El mundo es ancho y ajeno,
Estética de la recepción

Tabla de materias

Introducción	
Tema	1
Problemática	3
Metodología	6
Corpus	9
Presentación	11
I. El horizonte literario de expectativas	
I. A. Nociones preliminares: la Teoría de la recepción	12
I. B. 1. El fatalismo de Cova en <u>La vorágine</u>	17
I. B. 2. Los principios de Luzardo en <u>Doña Bárbara</u>	33
I. B. 3. La rebelión de Castro en <u>El mundo es ancho y ajeno</u>	42
I. C. La retórica regionalista	55
I. C. 1. a. Disociación entre proyectos de desarrollo económico y pueblo	59
I. C. 1. b. Disociación entre cultura popular y territorio	61
I. C. 2. Proceso de subjetivación fundado en el territorio	65
I. C. 3. Las particularidades de cada novela	70
II. El horizonte social de expectativas	
II. A. Nuestro enfoque sociológico	73
II. B. 1. Colombia a la merced del capital extranjero	79
II. B. 2. La moral cívica contra la dictadura en Venezuela	85
II. B. 3. El indigenismo en respuesta al capitalismo en Perú	89
II. C. Las repercusiones de la novela regionalista	99
Conclusión	108
Bibliografía	112

Lista de las abreviaciones usadas

APRA Alianza Popular Revolucionaria Americana

CEPAL Comisión Económica para América Latina

DRAE Diccionario de la Real Academia Española

El mundo El mundo es ancho y ajeno

EZLN Ejército Zapatista de Liberación Nacional

MIR Movimiento Izquierdista Revolucionario

PAP Partido Aprista Peruano

PCP Partido Comunista Peruano

Remerciements

à Monique Sarfati-Arnaud, ma directrice de recherche

et à Claudia Gomez pour ses révisions et ses impressions

Tema

Hablar de una función social de la literatura puede despertar cierto escepticismo ya que de haber podido la literatura cambiar el mundo, este no sería tan imperfecto. De allí se deduce que si la literatura no puede cambiar el mundo, sirve por lo menos para verlo con ojos distintos. En todo caso, ésta era la actitud que tenía la corriente literaria modernista entrando en el siglo XX: la escritura daba al poeta el poder de crear un mundo que correspondía a sus aspiraciones. Se puede entender la reacción de los modernistas si se considera el contexto de la época. No querían limitarse a reproducir una realidad social que rechazaban, como hicieron los autores realistas, mientras que podían concebir un mundo ideal. Pero, si bien ese distanciamiento de la realidad social daba una gran libertad en la creación artística, obligaba a renunciar al proyecto de cambiar la sociedad denunciando sus incoherencias. La fragmentación de las sociedades tradicionales latinoamericanas traída por la modernización, requerían sin embargo prácticas culturales capaces de darles una conciencia crítica de sí mismas. Es, entre otras cosas, lo que impulsó la emergencia de una corriente literaria que podía a la vez denunciar sus contradicciones y proponer nuevos ideales.

A esta corriente la denominaremos "regionalismo" aunque se haya conocido también como corriente de "la novela de la tierra", o como una rama del criollismo o del realismo. Ha sido igualmente dividida en subgéneros como "la novela indigenista" y "la novela de la selva", mientras que se reservaba la denominación "novela de la tierra" a las novelas que tienen los llanos como tela de fondo. Se distingue el regionalismo de la llamada corriente "criollista" por la confianza en el pueblo que manifiesta. Los autores regionalistas abogaban por una integración de

las masas en la vida nacional, mientras que en la novela criollista se contaba con la virtud de los terratenientes para ordenar el campo. Jean Franco (La cultura moderna 73) cita como ejemplo de aquellas novelas que valoran el paternalismo de los terrateniente La parcela (1898) del mexicano José López Portillo y Rojas, A la costa de Luis A. Martínez y El terruño (1916) de Carlos Reyles. Creemos en cambio que novelas regionalistas como las que constituirán el corpus de este trabajo de investigación, o sea La vorágine (1924) de José Eustasio Rivera, Doña Bárbara (1929) de Rómulo Gallegos y El mundo es ancho y ajeno (1941) de Ciro Alegría —esa última rechazando explícitamente el paternalismo que hallamos en la novela criollista, tienen una tendencia populista que es parte integrante de su estructura, puesto que el telurismo que las caracteriza consiste precisamente en mostrar que el influjo del paisaje regional lleva a los protagonistas a oponerse a las jerarquías sociales.

La novela regionalista aparece en un contexto particular para Latinoamérica. El primer siglo después de la independencia había sido salpicado de cuestionamientos identitarios y de sentimientos de inferioridad con respecto a Europa y Estados Unidos. Pero a partir de 1900, con el ensayo Ariel de Enrique Rodó y la labor de otros intelectuales que se dedicaban a valorar la identidad Latinoamericana, se adquiere más confianza. Las políticas panamericanistas de Estados Unidos, cuya implantación económica en el sur se hacía cada vez más molesta, estimulaban una respuesta panlatinoamericana. La idea de una re-uniión de los países hispanoamericanos cien años después de la independencia fomentó el orgullo de formar parte de esa raza que José Vasconcelos había llamado “la raza cósmica”. En fin, el fracaso de las sociedades más desarrolladas que implicaba la

primera guerra mundial, así como las revoluciones mexicana (1910) y rusa (1917), llevaban a entrever otras vías para el futuro del nuevo continente. A partir de 1918, el movimiento universitario reformista nacido en Córdoba (Argentina), que rechazaba el positivismo, el conservatismo y el tradicionalismo de la institución, se difundió por toda Latinoamérica hasta 1928 (Manigat 261-276). En 1924, se aprovecha de esa tendencia revolucionaria para crear la APRA, cuyo programa consistía principalmente en emprender acciones en contra del imperialismo norteamericano, luchar por la unidad política de América Latina y nacionalizar las tierras y la industria (Manigat 276-278). En suma, como ha señalado la CEPAL (136-141), en los años 20 los movimientos sociales e ideológicos crearon en Latinoamérica una conciencia del destino histórico continental que podía sobreponerse a la confusión y a la frustración generadas por la injerencia extranjera y las desigualdades sociales. En nuestra opinión, si es que la literatura tiene una función social, sería precisamente la de participar en la creación de esa "consciencia del destino histórico". Por lo tanto, la novela regionalista hispanoamericana, que conoció su apogeo en estos años, se presenta como un corpus ideal para observar cómo la literatura puede llegar a incidir en la organización de la sociedad.

Problemática

Si bien se reconoce que el regionalismo conlleva una crítica social y presenta modelos de actuación social alternativos, se pone en tela de juicio su capacidad efectiva para incidir en la realidad. Es probable que a largo plazo, la cultura de esa época haya brindado bases para el pensamiento latinoamericano, particularmente en la redefinición de las nacionalidades y en el proceso de continentalización

latinoamericano, como sugiere Mabel Moraña en Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940) (4). Sin embargo, el regionalismo se hubiera revelado inoperante bajo los regímenes autoritarios. Moraña explica que en estos casos “Las diferentes modalidades represivas actúan justamente interrumpiendo esa necesaria dialéctica entre lo individual y lo colectivo, a través del cual el ser social produce sus formas culturales y es a la vez producido por ellas en tanto *sujeto*” (2). Incluso, puede ser que la afirmación de las identidades nacionales latinoamericanas por la novela regionalista, haya servido más para integrar a las masas en los proyectos políticos de las clases dominantes, que para fomentar una conciencia social que hubiese podido retar al sistema de explotación capitalista.

En suma, el proceso por el cual la literatura regionalista hubiese podido llegar a incidir en las sociedades hispanoamericanas queda nebuloso. Esperemos en cambio que el examen de las relaciones entre ese corpus literario y su contexto social de recepción, que presentamos aquí, podrá ayudar a entender mejor cómo se manifestó la función social de la novela regionalista hispanoamericana y cómo, de manera general, la literatura y las demás prácticas culturales pueden interactuar con otras prácticas comunicativas para cumplir esa función social. Es ese interés por comprender el funcionamiento de la comunicación literaria el que motivó el presente trabajo de investigación.

Aunque se haya escrito ya bastante sobre el tema de la función social de la literatura regionalista hispanoamericana, nuestro enfoque de análisis queda todavía poco explorado. Las consideraciones respecto a esa corriente literaria se quedan generalmente en el plano interpretativo. Pedro Henríquez-Ureña, en Las corrientes literarias en la América hispánica (1945) (201), se fija solamente en la lucha contra la

naturaleza que ilustra la novela regionalista. El escritor mexicano Augustin Yañez en su ensayo El contenido social de la literatura Iberoamericana (1944) subraya que la literatura Iberoamericana en general tiene un contenido social, pero se ha limitado a referirse exclusivamente a su contenido. Arturo Uslar-Pietri, por su parte, indica que el autor latinoamericano “quiere influir en lo político e influir sobre lo social” y considera por tanto, que la novela “es instrumento de lucha política” (170), es decir que para Pietri, esa intencionalidad caracteriza la literatura latinoamericana independientemente del hecho de que de o no resultados. Jean Franco, sintetizando lo dicho, afirma que el regionalismo es una forma de expresión de la lucha contra la naturaleza (Hist. lit. hisp. 234-235) que presenta una concepción de la literatura como agente de la integración nacional y como medio de concienciación del público (Intro. lit. hisp. 204). José Miguel Oviedo advierte en Una discusión permanente (1980), que el creer que la revolución podía hacerse con libros no era sino una ilusión, pues “los libros sólo llegaban a las capas sociales más ilustradas” (429). No obstante, Carlos J. Alonso menciona en The Cambridge History of Latin American Literature (1996) que la novela regionalista responde a una demanda de mitos fundacionales para la colectividad (201). Es ya el principio del reconocimiento de una interacción entre el autor y su público. Es más fácil admitir, siguiendo a José Antonio Portuondo, que de manera general “la literatura es influida por la existencia social e influye a su vez sobre ella” (391) y que lo que ha cambiado en el siglo XX es que “la literatura participa... de manera consciente en la vida social”, que demostrar el influjo social que tuvo una corriente determinada. Se puede entender, por lo tanto, que hasta hoy la atención de la crítica se haya limitado al estudio de la relación del texto con el contexto social de producción.

Metodología

El estudio de la recepción de la obra literaria comporta dificultades metodológicas que no podemos ignorar. La mayor es que es prácticamente imposible cuantificar el impacto social que tuvo una obra literaria, puesto que no podemos aislar la sociedad del influjo de las demás prácticas discursivas y de los otros *sistemas de interacción comunicativa*¹. Sin embargo, es posible acotar la significación que una obra tuvo para un público dado y en una época determinada mediante el concepto de *horizonte de expectativas* desarrollado por la Estética de la recepción, y más particularmente por Hans Robert Jauss. Reconstituir el horizonte de expectativas del primer público de una obra permite volver a hacer las preguntas que él le había hecho y entender de esa manera cómo se había concretizado su sentido en ese entonces, esto es, saber cómo ese público podía interpretar la obra teniendo en cuenta la percepción particular del mundo implicada por ese contexto sociohistórico. A partir de allí, estaríamos capaces de determinar las innovaciones ideológicas que comporta una novela regionalista dentro del sistema de comunicación literario, para relacionarlas después con los demás sistemas de interacción comunicativa y observar cómo pueden influir sobre el conjunto de sistemas que es la sociedad.

El horizonte de expectativas del momento de la recepción de una obra literaria se reconstituye a partir de sus dos vertientes: el horizonte *intraliterario* y el horizonte *extraliterario* (Jauss cit. en Iglesias Santos 81). La primera puede ser determinada a partir de la estructura del sistema literario en un corte sincrónico

¹ Nos referimos aquí al concepto de sociedad descrito por Siegfried J. Schmidt en Foundations for the Empirical Study of Literature: una estructura compleja compuesta por cuatro sistemas de interacción comunicativa: el político, el económico, el científico y el cultural, cuyo sistema elemental "arte" comprende la literatura.

correspondiendo al momento de la recepción de la obra literaria. Jausser la define en estos términos:

... système de référence objectivement formulable qui, pour chaque oeuvre au moment de l'histoire où elle apparaît, résulte de trois facteurs principaux: l'expérience préalable que le public a du genre dont elle relève, la forme et la thématique d'oeuvres antérieures dont elle présuppose la connaissance, et l'opposition entre langage poétique et langage pratique, monde imaginaire et réalité quotidienne. (Esthétique de la réception 80)

La obra L'acte de lecture de Wolfgang Iser, quien ha desarrollado más la línea fenomenológica de la Estética de la recepción, nos guiará para descubrir el horizonte de expectativas presupuesto en los textos del corpus. Para reconstruir el horizonte de expectativas intraliterario que corresponde al momento de emergencia de la novela regionalista, disponemos del trabajo de varios estudiosos de la historia de la literatura hispanoamericana, entre los cuales podemos mencionar Jean Franco, Luis Alberto Sánchez, José Miguel Oviedo y Carlos J. Alonso. Todos coinciden en que el regionalismo hereda del realismo y del criollismo. Veremos si se puede relacionar también con el modernismo, tesis que no es unánime, y con lo que Doris Sommer llama *romance* y concibe como una obra literaria de tema amoroso y de carácter épico. Los mismos temas tratados en el realismo y el criollismo, que son la vida rural, la civilización y la barbarie, y la protesta social vuelven en la novela regionalista, a diferencia de que, como hemos dicho más arriba, en la novela regionalista, el paisaje regional tiene un papel predominante. Otro aspecto característico de la novela regionalista es la intención manifiesta de sus autores de fundar mitos colectivos, como señalan Arturo Uslar-Pietri (114), Jean Franco (Intro. lit. hisp. 204) y Carlos J. Alonso. Podemos ya suponer, a semejanza de Alonso (201),

que el dar un papel predominante al paisaje en el regionalismo es lo que permitía ofrecer una respuesta a la demanda de mitos fundacionales para la colectividad.

Quedará por verificar si efectivamente, en el momento de las primeras recepciones, las respuestas ofertadas por la novela regionalista habían podido concretizarse en el público, pues sólo se puede hablar de una función social de la literatura en la medida en que "l'expérience littéraire du lecteur intervient dans l'horizon d'attente de sa vie quotidienne, oriente ou modifie sa vision du monde et par conséquent réagit sur son comportement social" (Jauss, Esthétique de la réception 80). Por eso hay que reconstituir, además del horizonte de expectativas del lector implícito, para quien los autores regionalistas han querido fundar mitos colectivos, el horizonte de expectativas del lector real. Ese horizonte extraliterario puede discrepar del horizonte intraliterario, como habíamos apuntado más arriba, puesto que depende también de otros sistemas de interacción comunicativa y de otros grupos sociales, los cuales conllevan cosmovisiones distintas. Para reconstruir este segundo horizonte hay que recurrir a datos sociológicos que den cuenta de la estructura de las sociedades en cuestión como apunta Jauss:

...el código de normas estéticas de un público determinado, reconstruido con [un análisis de las expectativas, normas y funciones extraliterarias proporcionadas por el mundo real] podría y debería abrirse sociológicamente según las expectativas específicas de grupos y de clases, refiriéndolo así a los intereses y a las necesidades de la situación histórica y económica que determina esas expectativas. (cit. en Iglesias Santos 81)

La bibliografía que servirá para la investigación sociohistórica incluye Cultures in Conflict: The Implication of Modernization in Nineteenth-Century Latin America de Bradford E. Burns, L'Amérique Latine au XXe siècle de Olivier Dabène, Spanish

America 1900-1970: Tradition and Social Innovation de Frederick B. Pike, así como otras obras que enfocan específicamente la historia de Colombia, Venezuela o Perú.

Destacando las concretizaciones posibles del sentido de las obras del corpus en el momento de su primera recepción, podremos averiguar si estos mensajes transmitidos dentro del sistema de interacción cultural han podido trasladarse a otros sistemas. Para eso, pondremos a contribución las herramientas teóricas desarrolladas por la *Teoría empírica de la literatura* y la *Sociología del conocimiento*, principalmente el concepto de sociedad como estructura de sistemas de interacción comunicativa. Si se revela que en todos los casos el cambio de horizonte de expectativas que opera la novela regionalista se reproduce después en la sociedad que representa, como veremos a continuación, hay que admitir que ha podido cumplir una función social y plantearnos cómo esa función se ha operado de manera general.

Corpus

Como este estudio se refiere a una corriente literaria, es necesario considerar varias obras que puedan abarcar lo mejor posible sus diferentes tendencias, o sea, la novela de la tierra, la novela de la selva y la novela indigenista. Del mismo modo, el corpus debe representar la extensión espacio-temporal de la corriente. Si desde un cierto punto de vista, la tendencia regionalista se extendió por todo Latinoamérica, tuvo mucho más fuerza "en las comarcas más próximas a ese poderoso y doble sortilegio de Amazonas y el Ande" como advierte Luis Alberto Sánchez (277), es decir en Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Aunque la novela argentina Don Segundo Sombra (1926) de Ricardo Güiraldes es a menudo citada como una de

las tres más importantes novelas regionalistas, la hemos dejado de lado; primero, porque su pertenencia a la corriente está contestada, por Sánchez entre otros, y segundo porque da “primacía al dinamismo humano” (Sánchez 270) más bien que al influjo del paisaje regional, y pues, no corresponde a nuestra definición de la novela regionalista. En cuanto al espacio temporal en que se extiende la corriente, pocos teóricos se han atrevido a dar fechas precisas. Aunque Sánchez ve su aparición en la corriente costumbrista, en obras como María (1867) de Jorge Isaacs por ejemplo, seguiremos a Carlos J. Alonso (200) quién la sitúa entre 1910 y 1945, el principio correspondiendo a la emergencia del sentimiento de identidad continental latinoamericano y el final con la subida de la tendencia filosófica existencialista.

Dado el plazo en el que debíamos realizar este proyecto, hemos limitado al mínimo nuestro corpus. El presente trabajo enfoca tres obras que representan tres tendencias, tres momentos y tres países y regiones geográficas distintos. Éstas novelas, que son las más citadas y que tuvieron todas un éxito inmediato, son La vorágine (1924) de José Eustasio Rivera, Doña Bárbara (1929) de Rómulo Gallegos, y El mundo es ancho y ajeno (1941) de Ciro Alegría. Puesto que no hubo obras más significativas antes de La vorágine —aparte de los cuentos de Horacio Quiroga, que son de otro género literario— tenemos una extensión temporal de 21 años en vez de 35 como propone Alonso, eludiendo los primeros balbuceos del movimiento.

El enfoque en una secuencia cronológica de obras canónicas no tiene como objetivo trazar una línea evolutiva de la corriente, sino disponer de un corpus que exprese lo mejor y lo más concisamente posible la tendencia regionalista, y que sea lo más susceptible de haber coincidido con el horizonte social de expectativas del público de la época por haber tenido un éxito instantáneo. Procuraremos destacar el

influjo de lo social en la forma y el contenido de cada una de esas novelas para demostrar cómo cada una hubiera podido incidir en los sistemas de interacción comunicativa de las sociedades que representan. A partir de allí, podremos sacar conclusiones más generales sobre la función social de la novela regionalista.

Presentación

Este trabajo de investigación consta de dos partes. En la primera parte se reconstituirá el horizonte de expectativas intraliterario de cada una de las obras del corpus. Desde una perspectiva historicoliteraria, veremos cómo presentan los temas que enfocan, e intentaremos explicar el funcionamiento de la retórica mediante la cual la novela regionalista hubiera podido renovar el horizonte de expectativas de su público. En la segunda parte, reconstituiremos el horizonte de expectativas extraliterario, lo cual consistirá en esbozar un retrato de la evolución de las preocupaciones sociales del público hispanoamericano en el periodo cubierto por el movimiento regionalista, así como en el lugar y en el momento de producción de cada novela, es decir en Colombia hacia 1924, en Venezuela hacia 1929 y en Perú hacia 1941. En cada caso veremos si hay puntos de contacto entre el sistema literario y los demás sistemas de interacción comunicativa, lo cual nos permitirá establecer cual ha sido el influjo de la novela regionalista en la realidad social hispanoamericana

I. El horizonte literario de expectativas

I. A. Nociones preliminares: La teoría de la recepción

Esta primera parte está dedicada a explicitar cómo la novela regionalista se insertó en el horizonte literario de su primer público, puesto que en el proceso por el cual la obra cumple una función social, interviene primero en el horizonte literario del lector como indica Jaus; después, "l'expérience littéraire du lecteur intervient dans l'horizon d'attente de sa vie quotidienne, oriente ou modifie sa vision du monde et par conséquent, réagit sur son comportement social" (Esthétique de la réception 80).

Empecemos por explicar lo que se entiende por *horizonte de expectativas*. Ese concepto supone que nuestra percepción de la realidad está siempre mediatizada por el pasado y el futuro. En esa perspectiva, el presente no existe: si escribo "ahora", estoy pensando al instante que acaba de pasar, sabiendo sin embargo que el "ahora" del lector está en mi futuro, pero en su pasado inmediato. A mayor escala, aunque una novela esté inspirada por el pasado del autor, siempre remite a una experiencia pasada del lector, o sea, a lo que conoce y orienta su porvenir. Lo que el lector cree saber y juzga bien, verdadero o deseable procede de esa experiencia pasada y constituye su horizonte de expectativas. Las expectativas quedan fundadas siempre y cuando no se presenta un acontecimiento que viene a refutarlas. Hasta que surja fortuitamente tal acontecimiento, la repetición de las mismas acciones dentro del marco social en que uno está viviendo le garantiza que el sistema de organización de la sociedad, a su vez, seguirá respondiendo a sus expectativas. Pero a partir del momento en que uno ve que puede pasar otra cosa que lo que se esperaba, debe corregir su horizonte de expectativas, o sea, incluir

nuevas posibilidades en su concepción del mundo. Ese cambio es determinante, puesto que lleva uno a reorientar sus acciones, y por lo tanto, a hacerse también agente de transformación de la sociedad. El lector no necesita tropezarse con esa singularidad en la realidad para aprender, pues la encuentra virtualmente en su experiencia de lectura. Para Jauss, el efecto estético no se limita a llevar al lector a tomar consciencia de los límites de sus expectativas, puede también liberarlo de ellas "anticipando posibilidades no realizadas todavía" (Esthétique de la réception 83). Se habla entonces de "cambio de horizonte de expectativas".

La novela se construye necesariamente a partir de un horizonte de expectativas, pues este constituye una base común de conocimiento imprescindible a la comunicación literaria. No puede remitir a la realidad misma, puesto que el conocimiento que el autor tiene de ella está mediatizado por su percepción, la cual depende de la cosmovisión que le ha transmitido la sociedad en que vive. El texto literario se refiere más bien a un sistema semántico que supone una postura subjetiva frente a la realidad, como explica Wolfgang Iser en L'acte de lecture:

La réalité en tant que contingence pure ne peut servir de champ référentiel au texte de fiction. Celui-ci se rapporte plutôt à des systèmes dans lesquels la contingence et la complexité du monde sont réduites et qui présentent une construction spécifique du sens du monde. Chaque époque possède son propre système sémantique... dans chaque système se stabilisent certaines attentes qui acquièrent une valeur normative et peuvent donc gouverner l'élaboration de l'expérience du monde. Les systèmes incorporent dès lors des modèles de la réalité qui laissent apparaître une certaine structure. Si la construction d'un système se fonde sur certaines décisions sélectives, ce sens ne peut donc se stabiliser que devant la toile de fond des possibilités qui ont été exclues... C'est ainsi que les possibilités sémantiques dominantes de chaque système se font jour sur un horizon composé par les possibilités virtuelles et rejetés d'où se détachent les possibilités actualisées. (131-132)

El hecho de que la novela transmite su mensaje mediante un lenguaje que supone un sistema semántico determinado, no implica necesariamente que tenga que respetar sus límites. Tiene la facultad de transformar la estructura de los esquemas que usa. Lo consigue llevando a entrecruzarse perspectivas que presentan esquemas perceptivos distintos, lo cual obliga al lector a percibir las posibilidades excluidas por cada uno de ellos, eso es, a renovar su horizonte de expectativas.

El texto se arraiga en las normas sociales del autor y del lector mediante dos tipos de referencias, que son las que remiten a la literatura anterior y las que aluden al mundo real, de manera indirecta como acabamos de señalar. Según su nivel de conocimiento de la tradición literaria, que podemos llamar su *competencia*, el lector podrá comparar las perspectivas desde las cuales la novela regionalista presenta la vida rural con las de la novela realista o de la novela criollista, o con las de obras de otras corrientes y de otros géneros literarios que enfocaron este tema antes, como Civilización y barbarie de Sarmiento, hasta con los escritos de los viajeros científicos sobre el Nuevo Continente y la novela pastoril de la Antigüedad. Por lo que atañe a las referencias extraliterarias, el lector podrá vincular los personajes representados en la novela regionalista a personas que conoce, y los paisajes rurales descritos a su propia percepción del campo. En ambos casos, es imposible saber exactamente a cuáles de sus experiencias personales cada lector relaciona el texto, por eso se cree que cada interpretación es personal y única.

La variedad de interpretaciones que parece implicar la llamada a la experiencia del lector en el texto literario, es un problema que Iser ha pretendido solucionar haciendo el análisis fenomenológico de la lectura en L'acte de lecture.

Explica que el sentido del texto no está producido por la mera asociación de las representaciones que hay en el texto a la experiencia particular del lector, sino por la tensión que supone esa asociación, pues es ella la que rompe la norma y opera el cambio de horizonte de expectativas (Iser 174-175). Según su teoría de la *estructura del tema y del horizonte* (Iser 180-186), el conocimiento del mundo propio a cada lector, que le permite descodificar lo que aparece en el texto, debe ajustarse a la perspectiva interna del texto, es decir a “la constelación de perspectivas que se hallan en el texto” (Iser 181). Estas son la del narrador, las de los personajes, la de la acción o de la intriga, y la del lector ficticio, que se distingue de la del lector implicado, el cual tiene acceso a todas las perspectivas en el proceso de lectura (Iser 180-181). Cada perspectiva contribuye a seleccionar los elementos que el lector tiene que sacar de su bagaje cultural. Actúan así como un primer filtro que ajusta la experiencia del lector a la del autor. Luego estas perspectivas convergen en algunos puntos, que Iser llama *temas* (Iser 187-192). Si se oponen, se excluyen mutuamente. Entonces obligan al lector a superar la contradicción entre la una y la otra y a abrirse a la zona del sistema semántico que su horizonte de expectativas excluía.

El tema, tal como lo concibe Iser, es lo que llama la atención del lector de perspectiva en perspectiva (182). Si aplicamos su teoría a la novela regionalista, el tema principal sería la nación. Las perspectivas principales desde la cual se presenta (que son también subtemas sobre los cuales hay varias perspectivas) son las siguientes: la perspectiva capitalista, bajo la cual la nación es un espacio a explotar, la perspectiva estatal, que lo concibe como un órgano administrativo, la perspectiva tradicionalista, que la asocia las normas sociales que comparten sus ciudadanos, y la perspectiva telúrica, que asocia la cultura nacional a la relación del pueblo con el

espacio regional. Todas esas perspectivas pueden entrecruzarse en la realidad, pero no tienen necesariamente por qué confrontarse, puesto que están repartidas en casillas separadas. Por ejemplo, las actividades económicas pueden ignorar la tradición, como la cultura popular regional puede excluir ciertas normas sociales urbanas. Pero llevando esas perspectivas sobre la nación a enfrentarse, la novela revela aspectos de la realidad que la estructura del sistema social escondía. Siempre y cuando el lector pueda situarse en una casilla o en la otra, formadas por las distintas perspectivas, no importa a cual experiencia particular asocia lo que está representado en el texto, pues es precisamente esa puesta en evidencia de las contradicciones sociales la que provoca el cambio de horizonte de expectativas.

Nos esforzaremos por vincular las perspectivas presentadas en las novelas de nuestro corpus a la tradición literaria y al contexto social a los cuales remiten con el fin de percibir todo lo que pueden abarcar en el horizonte de expectativas de sus públicos respectivos. Es importante entender bien el alcance de cada perspectiva pues el tema, como precisa Iser (205), es un espacio vacío que toma forma por efecto de contraste con ellas. Dicho de otro modo, es lo que resta de lo que ya no puede ser después de que se hayan revelado las contradicciones entre las varias perspectivas.

En la novela regionalista, dicho espacio vacío está representado por el paisaje regional, pues, como el concepto de nación, puede ser el objeto de una perspectiva económica, administrativa o determinista. Puede ser también un objeto de adoración cuando se trata de la naturaleza. En su ensayo de poética histórica "Formes et temps du chronotope", Mijaíl Bajtín muestra que desde la Antigüedad, la representación de la naturaleza en la literatura está a menudo vinculada a una *inversión histórica* que coloca en el pasado categorías como la meta, el ideal, la

equidad, la perfección, el estado de armonía del hombre y de la sociedad (294). Podríamos añadir la unidad original del mundo y la propia idea de Dios. Para superar la división que siente entre él y el mundo, el ser humano puede desarrollar un sentimiento de confianza con la naturaleza o con cualquier entidad que parece haber existido siempre. Esa cualidad eterna e incuestionable de la naturaleza puede transmitirse a un ideal nacional que representa el mundo tal como debe ser a su estado "natural". Es precisamente lo que ocurre en la novela regionalista. Los ideales de los protagonistas nacen siempre mientras están en contacto con el paisaje regional, y aparecen como vías para volver a un hipotético estado de orden social original. Se presenta así el espacio regional como una base sólida a partir de la cual se pueden cuestionar ciertas concepciones de la nación.

I. B. 1. El fatalismo de Cova en La vorágine

La vorágine coloca en seguida al lector en una perspectiva determinista a la cual opone la perspectiva fatalista del protagonista (quien es también el autor ficticio). Desde un punto de vista filosófico esa oposición viene del hecho de que la primera ve una causa en cada efecto, mientras que la segunda supone que todo es inevitable (Fatalisme). En la carta que sirve de epígrafe a la novela, el poeta Arturo Cova, quien se huyó con su amada en la selva para evitarle un casamiento obligado, se dirige a su público para explicarse. Presupone entonces que su público cree que las cosas hubiesen debido pasarse de otra manera, pero afirma en contra de la opinión pública, que es el destino el que ha orientado su porvenir. Vemos a continuación este epígrafe:

...Los que un tiempo creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente, cual una aureola de mi juventud; los que se olvidaron de mí apenas mi planta descendió al infortunio; los que al recordarme alguna vez piensen en mi fracaso y se pregunten por qué no fui lo que pude haber sido, sepan que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y me lanzó a las pampas, para que ambulara, vagabundo, como los vientos, y me extinguiera como ellos sin dejar más que ruido y desolación. (77)

El protagonista sería el *tema* de ese fragmento en la terminología de Iser, y por lo tanto, el espacio vacío donde convergen las perspectivas. No se sabe quién es ese poeta, ni mucho menos si ha existido. El prólogo que precede ese epígrafe lo disocia del autor real (José Eustasio Rivera) por una parte, y lleva por otra parte al lector hipostasiarlo. Ahora bien, si es cierto que ese poeta es el autor de esa novela, que tuvo tanto éxito, es mentira que ha sido desarraigado por el destino "sin dejar más que ruido y desolación". Puesto que no se sabe, las perspectivas del narrador y del lector quedan suspendidas en esa oposición.

Esa llamada a la atención del lector sobre la noción de destino sostiene toda la estructura de la novela, puesto que se volverá a oponerla periódicamente a los determinismos sociales a medida que la trayectoria del protagonista lo llevará a reconsiderar el sentido de su existencia. Él no se juzgará más a sí mismo en función del ideal que tenía cuando estaba en Bogotá, pues sus valores cambian al entrar en contacto con el paisaje regional. Por cierto, ya se ve en el epígrafe que su destino está vinculado a las pampas y a los vientos. Esa construcción de una nueva moral en la acción constituye de por sí la negación de todo determinismo. La perspectiva de Arturo Cova refutará por consiguiente las distintas preconcepciones de la existencia y de la nación representadas por los personajes con quienes se encontrará en su camino.

La novela empieza con el relato de la llegada del narrador y protagonista Arturo Cova al llano, salpicado de miradas retrospectivas sobre su vida. Se nota que ese desplazamiento físico del protagonista de la ciudad hacia el campo comporta un cambio de punto de vista sobre la noción de destino en la cual el epígrafe llama la atención del lector, así como sobre la cultura señorial de la ciudad de Bogotá, como implica el caso de Alicia, cuyos padres querrían casarla con un “viejo terrateniente” (83). Cova es un poeta que tenía grandes ambiciones, las cuales debían tener las proporciones de la estima que presupone que el público le tiene en el epígrafe, pero al alejarse de la ciudad las ve desvanecerse. En su primera noche en Casanare, un exceso de fastidio lo lleva a añorar sus grandes proyectos planteándose lo siguiente:

¿Qué has hecho de tu propio destino? ¿Qué de esta jovencita que inmolas a tus pasiones? ¿Y tus sueños de gloria, y tus ansias de triunfo, y tus primicias de celebridad? ¡insensato! El lazo que a las mujeres te une, lo anuda el hastío. Por orgullo pueril te engañaste a sabiendas, atribuyéndole a esa criatura lo que en ninguna otra descubriste jamás, y ya sabías que el ideal no se busca; lo lleva uno consigo mismo. (81)

La noche siguiente, Cova entiende que estaba actuando en función del papel social que le tocaba: tenía “la convicción íntima” de que su “idiosincrasia caballeresca” le empujaría hasta el sacrificio de vivir como un enamorado no estándolo (97). Es decir que está en un proceso de transición en el cual se distancia progresivamente de las normas sociales, que corresponden precisamente a la perspectiva del lector ficticio presupuesta en el epígrafe como hemos visto, para acercarse de sí mismo.

La crítica Françoise Perus ha subrayado en De selvas y selváticos (1993) la relación dialéctica que tiene La vorágine con María (1867) de Jorge Isaacs.

Transfigurando varios rasgos de la novela de su compatriota, José Eustasio Rivera reemplaza la nostalgia de Isaacs por la cultura señorial por una constatación de su desintegración. Por ejemplo, el personaje de Ramiro Estévanez que aparece en la tercera parte, alude al Efraín de Isaacs así como al propio Isaacs y a la cultura señorial que representa (Perus 142). El "amigo mental" y la antítesis de Cova "Amaba de la vida cuanto era noble: el hogar, la patria, la fe, el trabajo, todo lo digno y lo laudable. Arca de sus parientes, vivía circunscrito a su obligación, reservándose para sí los serenos goces espirituales y conquistando de la pobreza el lujo real de ser generoso", hubiera querido casarse con "una beldad de categoría" pero "la loca ilusión le llevó al desastre" (334). Inversamente, al contemplar el cielo infinito del campo en su primera noche en Casanare, se desvanecen las ilusiones de Cova y no cree más en las virtudes del amor. Alicia no idealiza tampoco su exilio con él: afirma que con él no irá ni a Casanare "ni al cielo" (84). Perus habla de una "parodización de idilio isaacsiano" (255). No hay más terratenientes que defiendan los valores morales conservadores en el campo, el terrateniente está en la ciudad donde el cura y el sistema judicial conspiran con él para obligar a Alicia a casarse, y los enamorados no tienen otra alternativa que huir hacia el campo para escapar a su dominio.

Ese cambio de perspectiva que experimenta el protagonista de La vorágine, implica seguramente un desapego de ciertos valores, como el respeto de la jerarquías feudales y de la institución del casamiento. Pero si es cierto que las relaciones amorosas habían representado un deseo de unión entre los varios sectores de la sociedad, que debía favorecer la consolidación de las naciones hispanoamericanas en las novelas fundacionales —de las cuales María es un

ejemplo— como supone Doris Sommer en Foundational Fictions, estas reflexiones del protagonista de La vorágine tienen mayor alcance todavía, pues están renegando esa utopía. Aun siendo librados de la coacción de la sociedad tradicional, Alicia, que es de una familia rica, y Cova, que es "ridículamente pobre" (87), no pueden ponerse de acuerdo. Se propone en cambio una relación más personal con la nación por intermedio del paisaje regional.

El modernismo europeo tuvo una influencia sobre la novela regionalista según Carlos J. Alonso (196-197), y sirvió de alguna manera de antídoto a la ideología tradicionalista. Esa influencia se hace patente en la descripción grandilocuente del amanecer que marca la entrada de los viajeros en Casanare (La vorágine 91). El hecho de que Cova aplique a esa contemplación el vocabulario de la realidad urbana que conoce (muselina, ópalo, rubí, gloria, copos, esmeraldinos, palio, cúpula) crea un vínculo entre ese medio y la naturaleza que le da un sentido nuevo. Monserrat Ordóñez hace observar que se trata de metáforas religiosas, las cuales se anteponen "a un reflejo sangriento del arte" (celaje de incendio, pincelada violenta, coágulo de rubí) (La vorágine 91). Al mismo tiempo, se levanta el día. Como si para Cova empezara un nuevo orden, una nueva religión, al entrar en Casanare, la cual pondría un término a la "violencia" que "ganó su corazón" en Bogotá (79). Por eso "el toro y la fiera" se asombran ante el "astro, inmenso como una cúpula" que se levanta sobre las llanuras (91). Los autores de La nación moderna han señalado que "El uso de una retórica religiosa aplicada a lo profano ejemplifica [el] proceso de secularización de la vida" que tuvo lugar en Colombia a principios del siglo XX, y que llevaba a buscar la totalidad en "símbolos nítidos"

más bien que en el más allá (Jaramillo, M. 22). De la misma manera, en esta escena, Cova percibe en el paisaje natural un sentido de la existencia que no había podido encontrar, ni en la religión, ni en la ciudad.

Si bien a Cova, Casanare le "aterraba con sus espeluznantes leyendas" (81), lo cual le hacía considerar su estancia allí como una prueba de la cual podría acordarse con nostalgia cuando estuviera de regreso en Bogotá, la "sensación de infinito" que lo penetra al contemplar ese amanecer cambia su perspectiva. En un mismo arrebatado de felicidad, él y Alicia están invadidos por un "regocijo inesperado" mientras sus "espíritus dilatados como la pampa, ascendían agradecidos de la vida y de la creación" (89). Casanare no inspira más zozobra a Alicia, más bien le encanta. Don Rafo describe en esas palabras el sentimiento que provoca: "Es el desierto, pero nadie se siente solo: son nuestros hermanos el sol, el viento y la tempestad. Ni se le teme ni se les maldice". Esa visión del llano parece replicar a las "espeluznantes leyendas" que presentaba tres cuartos de siglo antes Domingo Faustino Sarmiento en Civilización y barbarie:

Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una vívora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime a mi parecer, en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar, en los que sobreviven, impresiones profundas duraderas. (57)

La confianza en el mundo que viene del contacto con el llano en La vorágine, supone que el influjo del territorio latinoamericano no determina necesariamente comportamientos bárbaros, y que puede al contrario producir un sentimiento de solidaridad. Don Rafo asegura que "los hijos, legítimos o naturales,

tenían igual procedencia y se querían lo mismo. Cuestión de medio. En Casanare así acontecía" (96). Como en la novela del idilio amoroso "Aux conventions sociales, aux complexités et aux disparités de la vie privée viennent s'opposer... la simplicité (non moins conventionnelle) de la vie des champs" (Bakhtine 368). Es el mismo principio que dirigía La nouvelle Héloïse de Jean-Jacques Rousseau, según el cual la sociedad corrompe al hombre. De allí la fantasía de Cova, quien ve en la vida rural una posibilidad de re-unión con una vida apacible y auténtica:

¿Para qué la ciudad? Quizás mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auroras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice al peñón la onda que se despide, el arbol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios. (161)

Esa posibilidad de vuelta a lo esencial está sin embargo obstaculizada por la invasión del sistema de explotación capitalista en la hacienda donde van a refugiarse los viajeros, el cual está representado por el personaje de Barrera. La primera percepción que se da de Barrera proviene de la niña Griselda: "con acento cálido refirió que Barrera había venido a llevar gente para las caucherías del Vichada", pues era "la ocasión de mejorá"(100). Está conquistada como todo el mundo por ese individuo, quien le ha regalado telas de lujo, ha contratado a la mayoría de los trabajadores, hace grandes fiestas y tiene el monopolio del comercio en el hato. La sirvienta mulata concuerda con ella: "Barrera es mejor que el hombre; Barrera es una oportunidad" (113). Don Rafo, quien no lo conoce, duda sin embargo de su honestidad (101). Dos días después vienen dos hombres suyos a asegurarse de que don Rafo no rete el monopolio de Barrera, los cuales el protagonista

amenaza con un cuchillo. Fidel Franco por su parte, cuenta que "Barrera lo ha trastornado todo" (109). Los trabajos han sido suspendidos porque los vaqueros, deslumbrados con la expectativa de enriquecerse con la cauchería que les proponía Barrera, se pasaban todo el tiempo emborrachándose con el licor que les adelantaba. El propio dueño del hato se dejaba arruinar por Barrera jugando a los dados. Cuando se presenta al protagonista, el tal Barrera se muestra caballero y patriota. Alaba sus talentos de poeta, ofrece regalos y echa la culpa a los venezolanos por los problemas que hay en Casanare, "esa privilegiada tierra, fuerte cuna de la hospitalidad, la honradez y el trabajo" (115). Pero Cova estrella en el suelo el frasco de perfume que Barrera le había ofrecido a Alicia y reprocha sarcásticamente a la niña Griselda el afecto que tiene por él. La rivalidad entre Cova y Barrera se hace evidente cuando la niña Griselda le refiere que Alicia dijo que él era inferior a Barrera (124). Esa rivalidad empuja al protagonista a adoptar la perspectiva capitalista queriendo enriquecerse con el negocio que le propone Franco, para poder volver a Bogotá y ser aceptado socialmente (126). Notamos en esa ambición un vínculo estrecho entre la perspectiva capitalista y la de la cultura señorial.

Esas distintas perspectivas sobre Barrera discrepan. Ponen en evidencia dos aspectos de él que pueden reflejar las dos caras de la penetración del capital extranjero en las regiones rurales. Barrera es empleado de la compañía del Vichada, cuyos principales accionistas viven en Brasil (116). De la misma manera que el sistema capitalista internacional, que empezaba a extender su influjo nefasto hasta en los campos en aquellos momentos, Barrera llega a seducir a la gente proponiéndole productos de lujo y presentándole oportunidades de enriquecerse,

pero resulta que trastorna el orden social. La asociación más obvia que el lector de la época podía hacer entre ese personaje y la realidad era con Julio César Arana. Como cuenta el antropólogo colombiano Roberto Pineda Camacho, la Casa Arana estaba percibida como “un modelo de empresa” y el propio Arana como “un verdadero hombre de patria” antes de que se denunciara el régimen de esclavitud que había instaurado. De la misma manera, en la segunda parte de la novela, todos se ponen a gritar “¡Viva el progresista señor Barrera! ¡Viva nuestro empresario!” (221) al que les esclavizará el día siguiente.

Barrera juega un papel de primera importancia en la intriga, pues se vuelve el objeto de la búsqueda del protagonista. Esto echa una nueva luz sobre este “destino implacable” que le “desarraigó de la prosperidad”. Parece que la cadena de acontecimientos que llevó a Cova a hundirse en la selva persiguiendo a Barrera —empezó a emborracharse con su whisky, quiso matarlo después por celos, fue a jugar a los dados, quiso después vengarse de él porque tenía falsos dados liberando al ganado que le estaba reservado— no depende de su libre albedrío. Hubiese podido lógicamente dejar Barrera hacer sus negocios deshonestos y seducir a su novia sin reaccionar, como hicieron los demás personajes. Pero la borrachera de Cova que marca el principio de la acción en el primer capítulo, se explica a partir de la descripción de sus sentimientos, que están todos justificados por una analogía con la naturaleza:

En el fondo de mi ánimo acontece lo mismo que en las bahías: las mareas suben y bajan con intermitencia. ...a la manera que la bruma asciende a las cimas, sentía subir en mi espíritu el vaho de la congoja humedeciéndome los ojos. ...Yo entendí que ese desierto tenía algo que ver con mi corazón. (131)

Estos sentimientos parecen auténticos por oposición con lo que Cova llega a percibir cada vez más como “vanas aspiraciones” y “engaño de los triunfos efímeros” (161) al hilo de su estancia en el campo. Su relación orgánica con el paisaje regional le permite pues superar los determinismos que suponen las jerarquías sociales de la cultura señorial y del sistema capitalista. Al entrar en la selva, Cova echará otra vez una mirada retrospectiva sobre su vida. Observando a Franco quien “Todo lo había perdido... y desde este instante se sintió más libre y poderoso, cual si el infortunio fuera simple sangría para su espíritu” —“pudre y resucita” (190) igual que la selva— concluye “¿Y yo por qué me lamentaba... ¿Qué perdía en Alicia... Ella había sido un mero incidente... ¡Barrera merecía mi gratitud!” (199). Su “destino” exigía que rechace el amor, la virtud, y los recuerdos (200).

El fatalismo de Cova se acerca demasiado a lo que Nietzsche (1123-1125) había llamado el fatalismo ruso en Ecce Homo para que no lo tratemos aquí. Tenemos también motivos para creer que la filosofía nietzscheana se había introducido en el horizonte de expectativas del autor. La vemos aparecer por ejemplo, en la novela histórica colombiana Pax (1907), de Marroquín y Rivas Groot, así como en la revista Voces que fue publicada en Baranquilla de 1917 a 1920. A semejanza del soldado ruso que por instinto de sobrevivencia se tiende en la nieve sin moverse para no gastar energía cuando la campaña es demasiado ardua, el filósofo alemán se liberaba del resentimiento, un sentimiento que debilita, en sus momentos de decadencia; “Se considérer soi-même comme une fatalité, ne pas vouloir se faire autrement que l'on est, dans des conditions semblables, c'est la raison même” (1125). Ese tipo de fatalismo atañe al deseo y a las pulsiones, pero no

a las circunstancias exteriores. Se ve más adelante que puede paradójicamente llevar uno a rebelarse: Cova hubiera querido decirle a su amigo Ramiro Estévez, quien es prudente y bueno, que “fracasado de su ideal, sentiría el deseo de ser combativo, para vengarse, para imponerse, para redimirse, para ser hombre contra los hombres y rebelde contra su destino” (Rivera 336).

Las perspectivas sobre la explotación de los caucheros en la segunda parte se oponen también a la perspectiva capitalista, pero sobre todo a un determinismo telúrico comparable al de Sarmiento que hemos evocado más arriba. Por cierto, ha dicho Rivera que su único móvil escribiendo La vorágine, era la redención de esos trabajadores (La vorágine, 18). Siendo la esclavitud cauchera una realidad social chocante, que se había vuelto un tema de actualidad en Colombia en esa época, despertó tanto el interés del autor como la de su público. Se entrecruzan varios puntos de vista sobre el asunto. El protagonista se dice “el amigo de los débiles y de los tristes” (246) y revela su ambición de ser él quien “esbozará el cuadro de sus miserias [de los caucheros] y dirigiera la compasión de los pueblos hacia las florestas aterradoras” para su redención (327). Cree que la escritura tiene un poder sobre la realidad social de su país. Sin embargo, la historia de los intentos de un explorador francés, quien había enviado notas en Londres, París y Lima para denunciar la explotación abusiva de los caucheros y de los árboles sin obtener respuesta satisfactoria (267), le muestra que no se puede contar con la ayuda de la autoridad civil para establecer la justicia en el campo. Al contrario, Perú ayuda a los empresarios proporcionándoles armas para que puedan controlar más eficazmente las zonas de explotación (271). Por eso el viejo Balbino Jácome cree que más vale no

denunciar a los empresarios: “Líbrenos Dios de que se compruebe crimen alguno, porque los patrones lograrían realizar su mayor deseo: la creación de Alcaldías y de Panópticos, o mejor, la iniquidad dirigida por ellos mismos” (277).

La conclusión del narrador de estos hechos, Clemente Silva, es que “La selva se defiende de sus verdugos [los caucheros], y al fin el hombre resulta vencido” (244), por eso no había otra suerte posible para él: “Pasé por encima de la ventura, como flecha que marra su blanco, sin poder corregir el fatal impulso y sin otro destino que caer” (288). Su sometimiento al poder de la selva es tal que no se atreve a rebelarse contra sus amos sin ella:

¿Por qué no ruge toda la selva y nos aplasta como a reptiles para castigar la explotación vil?... ¡Quisiera tener con quien conspirar! ¡Quisiera librar la batalla de las especies, morir en los cataclismos, ver invertidas las fuerzas cósmicas! ¡Si Satán dirigiera esta rebelión! (289)

Podemos notar que ese personaje remite a la misma idea que los cuentos de Horacio Quiroga, el contemporáneo de Rivera, según la cual la voluntad humana acaba a menudo derrotada por las fuerzas de la naturaleza y del azar (Franco, Hist. lit. hisp. 240). Para Clemente Silva como para Quiroga, la razón práctica no puede pretender resistir a la ley de la naturaleza. El amigo de Cova, Ramiro Estévanez, va en el mismo sentido cuando describe sarcásticamente el reino de Funes en San Fernando: “¡Venga acá la gobernación! Él mató como comerciante, como gomero, sólo por suprimir la competencia; mas como le quedan competidores en siringales y en barrancas, ha resuelto exterminarlos con igual fin y por eso va asesinando sus mismos cómplices. —¡La lógica triunfa! —¡Qué viva la lógica!” (355). Irónicamente, pretendiendo actuar lógicamente, Funes no hace sino actuar según la ley natural del más fuerte.

El fatalismo de Cova se opone a las cosmovisiones de Silva, de Quiroga y de Estévez, que admiten un determinismo genético. Por no ser un padre que quiere salvar a su hijo como Silva, un trabajador que depende de su salario como los protagonistas de "Los fabricantes de carbón" de Quiroga, o un empresario que quiere defender su negocio como Funes, contesta a Silva lo siguiente:

Aunque ya mis iniciativas parecen súplicas al fracaso, porque mi mala suerte las desvía, tengo el presentimiento de que esta vez se mueven mis pasos hacia el desquite. No sé cómo se cumplirán los hechos futuros, ni cuántas pruebas ha de resistir mi perseverancia; lo que menos me importa es morir aquí, con tal que muera a tiempo. Y ¿por qué pensar en la muerte ante los obstáculos, si, por grandes que sean, nunca cerraron al animoso la posibilidad de sobrevivirlos? La creencia en el destino debe valernos para caldear la decisión. (290)

Esa perspectiva del protagonista está también inspirada por el paisaje. El "misterio de la creación" (190) encarnado por la selva que detuvo más su atención, es que la vida conduce a la muerte. Por eso considera la muerte como algo positivo, e incluso fascinante como muestra ese fragmento:

El fantasma impávido del suicidio, que sigue esbozándose en mi voluntad, me tendió sus brazos; y permanecí en el chinchorro, con la mandíbula puesta sobre el cañón de la carabina. ¿Cómo iría a quedar mi rostro? ¿Repetiría el espectáculo de Millán? (215)

Luego, le alegra ver morir a sus compañeros (233) y aconseja a Franco envidiar su muerte (234). Si la réplica de Franco, quien condena su actitud y su juicio cualificándole de "desequilibrado impulsivo y teatral", lo lleva a una toma de conciencia, es al reconocer que "El que siga [su] ruta, va con la muerte" y que por tanto, están libres de seguir "su propia estrella" sin que su suerte los detenga (238), pero nunca al admitir que su destino no lo conduce allí.

En la tercera parte Cova parece sin embargo concebir que participa a una lucha para la supervivencia: “¡Matar a un hombre! ¿Y qué? ¿Por qué no? Era un fenómeno natural. ¿Y la costumbre de defenderme? ¿Y la de emanciparme? ¿Qué otro modo más rápido de solucionar los diarios conflictos?” (300-301). Uno puede ver en esa evolución del influjo del paisaje un acercamiento de la perspectiva de Sarmiento según la cual determina comportamientos bárbaros, o del determinismo genético que hemos visto más arriba, según el cual el más fuerte sobrevive. Sin embargo, subsiste una diferencia esencial entre el telurismo determinista de Sarmiento y el que inspira a Cova: el uno hacía depender las acciones humanas de una causa y limitaba así sus posibilidades, mientras que el otro permite al protagonista de La vorágine sobrepasar los límites que le impone su condición. Creemos que Nietzsche puede ayudarnos a entender mejor la particularidad de la perspectiva de Cova sobre la muerte. En El nacimiento de la tragedia éste señala que el sentimiento que evocaba la tragedia griega era nada menos que la afirmación de la vida. No servía para purificar las pasiones como creía Aristóteles, sino “pour personnifier soi-même, au-delà de la crainte et de la pitié, l'éternelle joie du devenir, —cette joie qui porte encore en elle la joie de la destruction...” (1028-1029). Aquí finca uno de los puntos más ambiguos de la filosofía de Nietzsche y también de La vorágine a nuestro juicio. Lo que puede ser interpretado como resignación ante la adversidad, en los dos casos, puede al contrario franquear a uno de la coerción que supone la consciencia moral generada por el temor y la piedad. No creemos que se puede explicar de otra manera la fascinación de Cova por la muerte, a menos que se invoque la locura, lo cual no es una explicación sino una manera de descartar su razonamiento para no tener que entenderlo.

El tema de la salud mental de Cova vuelve a menudo a lo largo de su odisea en la selva. Incluso el narrador, que es Cova desde otra perspectiva temporal, la invoca. La oposición entre las dos perspectivas se destaca particularmente cuando el protagonista se siente orgulloso de la "lucidez de [su] comprensión" y "tan dueño de la vida y del destino, que [se creyó] predestinado al extraordinario", mientras que añade el narrador que "Por primera vez, mi desvío mental se hizo patente" (228), sobrentendiendo que antes, había ya un desvío mental pero no era patente. Subsiste hasta el final de la novela esa duda con respecto al protagonista. Desde la perspectiva del Cónsul en el epílogo de la novela, Cova y sus compañeros fueron devorados por la selva. El título de la obra contribuye a que se entienda así. La selva hubiera enloquecido a Cova como ha enloquecido a los caucheros. Pero se puede también considerar que se hundió en la selva para proteger a su hijo y a Alicia de los apestados, y pues, que el hecho de ser padre, o sea su identificación a un papel social determinado, le hace olvidar su sentimiento de solidaridad para con los pobres (La vorágine 382-383). En ese caso sería más bien la paternidad la que lo venció. En fin, más allá de lo que parece ser una derrota del protagonista, uno puede reconocer que Cova logró lo que se proponía: seguir su rumbo en la selva para matar a Barrera, volver a encontrarse con Alicia y realizar su ambición de ser él quien "esbozará el cuadro de sus miserias [de los caucheros] y dirigiera la compasión de los pueblos hacia las florestas aterradoras" para su redención (326), aunque sea después de su muerte. De todas formas, lo que menos le importaba era morir allí (290). Desde ese punto de vista, no se ha hecho devorar por la selva, sino que ha aprendido de ella el "misterio de la creación"(190), el cual implica un

devenir y una transformación a través de la muerte. A su semejanza, hubiera podrido y resucitado (190).

El cruzamiento de las perspectivas genera una cosmovisión original que no se confunde con ninguna de ellas. La cultura señorial asociada a la ciudad está cuestionada por una cultura popular más auténtica por emanar del contacto con el llano, donde todos son iguales por tener la misma procedencia. Se ponen en tela de juicio las ventajas del sistema capitalista por el desorden que crea en la hacienda y en la selva. Y las leyes del determinismo, que justifican las jerarquías sociales mantenidas por la cultura señorial y el capitalismo monopolista, están invalidadas por la imprevisibilidad del destino implicada por el fatalismo de Cova. La relación estética de éste con la naturaleza le permite progresivamente juzgarse a sí mismo desde su propia subjetividad más bien que desde el código moral tradicional de la sociedad, como hubiera hecho Efraín, el protagonista de María. A partir de este sistema de valor revisado, juzga también la realidad de su país, y la actitud de sus compatriotas ante esa realidad. Critica tanto a Ramiro Estévez y a Clemente Silva, quienes respetan el orden patriarcal señorial, que a Barrera y a Petardo Lesme, quienes están al sueldo del sistema capitalista. Por supuesto, el lector no tiene porque adherirse a la filosofía del protagonista, dado que está tal vez loco, pero tiene por lo menos que poner en tela de juicio su propio sistema de valor frente a ese personaje, cuya trayectoria errática impide adoptar un código de conducta estable, pero que llega igual a legitimar su comportamiento evocando el paisaje regional.

I. B. 2. Los principios de Santos Luzardo en Doña Bárbara

En Doña Bárbara, la tradición no está asociada a la ciudad, como en La vorágine, sino al espacio regional. Según un postulado telúrico, la extensión de esas tierras poco pobladas lleva a sus habitantes a adoptar comportamientos bárbaros, los cuales sustentan una estructura social que es el caudillismo. La energía vital que genera el contacto con el paisaje regional, puede sin embargo estar orientada hacia un cambio social si está sometida a los ideales de la civilización generados por la ciudad. Santos Luzardo, quien ha estudiado derecho en Caracas, tiene que regresar a la región donde nació para vender el hato familiar que ha heredado de su madre. Pero llegando allí, la vista del paisaje lo conmueve tanto que decide no vender y quedarse para modernizar, aunque esto implique que tenga enfrentarse con doña Bárbara, quien está tomando el control de la región.

Es decir que en su pasaje de la ciudad al campo, Luzardo sigue una trayectoria ideológica inversa a la de Cova en La vorágine. Hay un acercamiento a los valores tradicionales más bien que un distanciamiento. Es difícil no ver allí un intento de reconciliación del antagonismo "civilización y barbarie" consagrado por Sarmiento. Cada uno de los términos de la oposición sirve para poner en evidencia las contradicciones de la otra, pero la unión de las dos en la conclusión, simbolizada por un casamiento entre Luzardo y la hija de doña Bárbara, corresponde a un ideal de orden asociado al pasado del hato familiar, Altamira: "la apacible vida patriarcal" en que los abuelos de Santos Luzardo habían hecho de la finca "una de las más importantes de la región"(72).

Doña Bárbara sería la fuente del mal que reina en la región desde un punto de vista popular: "Dicen que es una mujer terrible, capitana de una pandilla de bandoleros, encargados de asesinar a mansalva a cuantos intenten oponerse a sus designios" como apunta Luzardo (64), lo cual confirma uno de los palanqueros que lo llevan hacia su región natal: "Usted se va para Altamira, que es como decir los correderos de ella... váyase con tiento. Esa mujer tiene su cementerio" (66). Pero el narrador desplaza hacia el Estado, o sea la civilización, la responsabilidad de los problemas de Altamira, diciendo que a sus "dominios fueron pasando leguas y leguas de sabanas Altamireñas, a fuerza de arbitrarios deslindes ordenados por los tribunales del Estado" (79). La «Ley del llano» es de hecho la «Ley de doña Bárbara», "porque a fuerza de dinero había obtenido que se la elaboraran a medida de sus desmanes" (208). Notamos en esa última perspectiva, la interdependencia del caudillismo, del monopolio económico y de la legislación estatal. Es precisamente esa relación la que Gallegos criticaba en sus artículos publicados en el periódico La Alborata como señala José Carlos González Boixo (18), quien ha comentado la edición de Doña Bárbara que manejamos para este trabajo: los partidos políticos no se dedican a hacer respetar las leyes y a defender una ideología, sólo "tratan de mantener en el poder al caudillo que les favorece".

Dicho eso, desde la perspectiva del personaje de Luzardo, el fenómeno del caudillismo no es el hecho de una sola persona: "¿De qué serviría acabar con el cacicazgo de doña Bárbara?" se plantea, "Reaparecería más allá bajo otro nombre. Lo que urge es modificar las circunstancias que producen estos males: poblar. Más que poblar, sanear primero, y para sanear, poblar antes. ¡Un círculo vicioso!" (80). Se trata una visión determinista del caudillismo que habíamos visto aparecer con

casi un siglo de anterioridad en el Facundo como lo muestran los fragmentos siguientes:

...en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno.... (48)

El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas... (56)

Se han observado también ciertas semejanzas entre Doña Bárbara y la novela realista Doña Perfecta (1876) del español Benito Pérez Galdós (Leo; Shaw 25-28). La historia es básicamente la misma: un joven diplomado de espíritu progresista llega de la ciudad al campo y debe luchar contra una mujer que domina la región para salvar su hacienda. Obviamente en España la falta de población no podía ser la causa del atraso de los sectores más conservadores; se apuntaba más bien el fanatismo religioso. No se trataba de telurismo como el que se veía en el Nuevo Continente sino de determinismo social, pero en todos los casos, se suponía que uno deviene lo que su medio social hace de él.

Si bien las tres obras tienen esa visión determinista en común, o más precisamente, si bien Doña Bárbara remite a la misma cosmovisión que había también en estas obras, no la presenta de la misma manera.

En Facundo, el determinismo estaba vinculado a las particularidades del terreno más que a las costumbres. No siendo los comportamientos de la gente de la ciudad determinados por este, era ella la que debía instaurar el orden desde el centro del país (60); por necesidad (312). El problema era que el dictador Rosas, quien había crecido en el campo y encarnaba por tanto una situación histórica debida a circunstancias determinadas —peculiaridades del terreno (48)— estaba en

la ciudad y suprimía las vías de comunicación (331-332). La liberación de la ciudad debía abrir las vías de comunicación, tanto hacia al interior del país como hacia el exterior (348), y permitir que la civilización liberara a su vez a los campesinos del influjo nefasto del terreno.

Sarmiento postulaba que el primer paso a hacer para erradicar la barbarie era liberar la ciudad; pero en Doña Bárbara, no se ve la ciudad de por sí como un ideal, sino como un factor de caos más que perturbó un hipotético orden social inherente al llano. Por una parte, ella está al origen de las divisiones entre los Luzardos: su poder de atracción motiva el éxodo de una parte de la familia (72), y los medios de comunicación, o sea, los periódicos que llegan de Caracas, llevan a los campesinos a tomar partido en una guerra en que no serían involucrados normalmente, lo cual provoca una discordia en que José Luzardo acaba por matar a su hijo Felix (76). Por otra parte, la ciudad administra mal el campo como podemos ver a continuación:

...a causa de una frase ambigua en el documento, donde al tratarse de la línea divisoria ponía: «hasta el palmar de *La Chusmita*», surgió entre los dos hermanos la discordia, pues cada cual pretendía, alegando para lo suyo, que la frase debía interpretarse agregándosele el inclusive que omitiera el redactor, y emprendieron uno de estos litigios que enriquecen a varias generaciones de abogados y que habría terminado por arruinarlos, si cuando les propusieron una transacción la misma intransigencia que iba a hacerles gastar un dineral por un pedazo de tierra improductiva no les dictara, en un arrebato simultáneo: «O todo o nada». (73)

Uno no puede fiarse en el discurso legal y fundamentalmente abstracto de la ciudad. El primo de Santos Luzardo, Lorenzo Barquero, en cuyos pasos anduvo durante un tiempo, lo pone sobre aviso de los escollos del discurso engañoso, pues él había fracasado en la ciudad por haber puesto todas sus energías en construir un

discurso que carecía de fundamentos reales y haber sentido por eso la mentira de su inteligencia (162). El primo de Luzardo es también víctima “de la humillante tutela del extranjero” (192), el yanqui Mister Danger, quien no ha venido a hacer otra cosa en la región que explotar los recursos naturales y vender su whisky a los más vulnerables. Inversamente, el principal logro del protagonista desde la perspectiva del narrador, es haber realizado el proyecto concreto de cercar el llano. Hace una analogía explícita entre esa acción real y el pensamiento: “la cerca sería el derecho contra la acción todopoderosa de la fuerza, la necesaria limitación del hombre ante los principios”(177). De manera que al final, el hecho de que Luzardo haya encontrado su vía en la vida, que es hacerse hacendero y casarse con su prima, viene acompañado de una transformación física del llano: “Ya estaban plantados los postes, de los rollos de alambre iban saliendo los hilos y en la tierra de los innumerables caminos por donde hace tiempo se pierden, rumbeando, las esperanzas errantes, el alambrado comenzaba a trazar uno solo y derecho hacia el porvenir” (415). Pues, en contra del postulado de Sarmiento según el cual la acción civilizadora debe apuntar ante todo la ciudad y al caudillo quien la controla, se propone en Doña Bárbara una acción directa en el campo, donde está la fuente de la barbarie. Se supone así que el llano no condena para siempre a sus habitantes a adoptar un comportamiento determinado.

Doña Perfecta por su parte, había mostrado que no se podían cambiar tan fácilmente las costumbres del campo. Al igual que Lorenzo Barquero, el protagonista de Doña Perfecta se había dejado llevar por la barbarie. El influjo insuperable del medio social conservador del campo hizo que el único quien se transformó fue él que venía de la ciudad. Se hizo bárbaro considerando que con

medios legítimos no podía luchar con el espíritu de la "behetría" (Leo 21). En cambio, en Doña Bárbara el protagonista no es el único personaje cuya psicología evoluciona, y es lo que hace la diferencia como bien ha apuntado Ulrich Leo (21). La perspectiva tradicionalista según la cual los usos y costumbres rurales deben primar sobre los principios que vienen de la ciudad, está representada por el punto de vista de los peones de Luzardo, y sobre todo por Antonio. Todos esperan que Luzardo vuelva a instaurar el orden perdido en el hato, pero su proyecto de ley para obligar a los propietarios a cercar el llano no concuerda con sus expectativas. Contesta Antonio a Luzardo que "El llanero no acepta la cerca. Quiere su sabana abierta como se le ha dado Dios" (177), pero acaba por tomar el partido de Luzardo ante los demás peones: "Yo estoy por lo que me hizo comprender el doctor. La cerca en todas partes y cada cual criando lo suyo dentro de lo suyo" (353). Así, la perspectiva civilizadora viene a superar la tradición.

La perspectiva civilizadora de Santos Luzardo debía sin embargo aceptar una cierta herencia tradicional para ser aplicable un cambio social concreto. Como podemos ver en este fragmento, el personaje de Santos Luzardo (nombre que evoca a la vez el profetismo y la razón), se siente al principio extranjero en su propio país:

La tierra natal no le atraía, ni aquel pedazo de ella, ni toda entera, porque al perder los sentimientos regionales había perdido también todo sentimiento de patria. La vida de la ciudad y los hábitos intelectuales habían barrido de su espíritu las tendencias hacia la vida libre y bárbara del hato; pero, al mismo tiempo, habían originado una aspiración que aquella misma ciudad no podía satisfacer plenamente. Caracas no era sino un pueblo grande... con mil puertas espirituales abiertas al asalto de los hombres de presa, algo muy distante todavía de la ciudad ideal, complicada y perfecta como un cerebro, adonde toda excitación va a convertirse en idea y de donde toda reacción que parte lleva el sello de la eficacia consciente, y como este ideal sólo

parecía realizado en la vieja y civilizadora Europa, acarició el propósito de expatriarse definitivamente... (78-79)

Abandona el proyecto de irse a estudiar a Europa, donde hubiese podido encontrar la ciudad ideal con la cual soñaba, por dos motivos. Uno es que quiere seguir el ejemplo de su madre, quien no había querido vender el hato porque “poseía esa alma recia e inmodificable del llanero, para quien nada hay como su tierra natal” (19). Y el otro, que es decisivo, es la vista del paisaje llanero y el contacto con la gente de su región, los cuales le hacen “reconciliarse con su tierra” (106), poner en libertad su “tendencia de irrefrenable acometividad” y ponerse a luchar para defenderla (80-81). Se recobra así la unión perdida: la que debe haber en el alma de Luzardo entre los “ideales del civilizado” y el “ímpetu de los descendientes de *El cunavichero*”, la cual corresponde también a la unidad de la tierra familiar antes de que suceda la división entre esas dos partes que se llaman simbólicamente *Altamira* y *El miedo*.

La ausencia de los terratenientes de sus propiedades denotaba una falta de responsabilidad que había sido criticada en la novela criollista (Franco, La cultura moderna 73). Prosiguiendo esa corriente, Gallegos le hace decir a Luzardo: “reconozco que el verdadero culpable de lo que ocurre aquí soy yo” (104). Habíamos visto a ese niño pródigo que vuelve a su pueblo y reanuda con la tradición familiar antes en la novela realista española Peñas arriba (José María de Perreda, 1895): Marcelo, encariñado con el ambiente de Madrid, se aburre en el campo, pero al contacto del paisaje y de la gente acaba por apreciar la Montaña y decide quedarse allí. Vive una experiencia comparable el protagonista de la novela criollista A la costa (Luis A. Martínez, 1904), quien abandona sus estudios en

derecho para trabajar en la hacienda de su padre y descubre allí una energía moral que nunca había conocido. Hay otros casos en la literatura mundial, por ejemplo en Chateaubriand y en Tolstoi (Bakhtine 372-373). Como hemos señalado en nuestro análisis de La vorágine, puesto que evoca también un regreso a la paz del campo, desde Jean-Jacques Rousseau ese tópico sirvió para criticar la sociedad corrompida por las desigualdades sociales, y podemos remontar hasta Hesíodo, quien evoca en Les travaux et les jours (90) la “Edad de oro”, en que los hombres vivían en la felicidad y la paz, para disuadir a su hermano de recurrir a la violencia.

Para los personajes de doña Bárbara y de Marisela, ese recuerdo de una pureza original toma la forma de una chispa de bondad o de belleza en el fondo del alma, que pide sólo un esfuerzo por parte de ellas para vencer la barbarie. Marisela tiene en su fuero interno esa luz que la lleva hacia el bien como vemos en el fragmento siguiente:

Le ha dejado [Santos Luzardo]... la emoción de unas palabras nunca oídas hasta entonces. Las repite y oye que le resuenan en el fondo del corazón, y se da cuenta, a la vez, de que su corazón era algo negro, hondo, mudo y vacío. Pero algo sonoro, también, como el pozo que está junto a su casa, oscuro, profundo y con un espejo de agua allá adentro. «¡Es preciosa esta criatura!»... Y la voz resuena, honda, como en el pozo cuando se habla sobre el brocal... También fuera de ella el mundo no es lo que hasta allí había sido... La belleza no está en ella solamente: está en todas partes... (170)

En el desenlace de la intriga, es ella quien salva a Santos Luzardo de la perdición devolviéndole esa misma luz que es “estimación de sí mismo” (394).

En el caso de doña Bárbara, queda “en el fondo de su alma sombría una pequeña cosa pura y dolorosa: el recuerdo de Asdrúbal, el amor frustrado que pudo hacerla buena” (96). Ella se percata al final de que el presagio que había oído en su sesión de espiritismo con «el socio» —“las cosas vuelven al lugar de donde

salieron" (311)— no significaba que ella iba a quedarse como era entonces, sino que el rencor que tenía por el asesinato de Asdrubal y su violación por los tripulantes de la piragua (86-87) no iba a impedir siempre que actuara de acuerdo con su naturaleza buena: "el recuerdo de Asdrubal le amansó la fiereza" (411) y hace que decide legar sus posesiones a su hija y dejarla casarse con Luzardo.

Como ha apuntado Doris Sommer, en Doña Bárbara como en las primeras novelas fundacionales, el ideal propuesto está asociado a la formación de una pareja que une sectores sociales distintos. En cambio, el deseo de unión entre Luzardo y Marisela ya no es lo que manda el cambio social como era el caso en Sab o en María; el protagonista había ya resuelto restablecer el orden perdido en el campo antes de enamorarse de ella. Su casamiento muestra que el restablecimiento de ese orden permite, entre otras cosas, realizar la consolidación nacional proyectada por las novelas fundacionales anteriores.

La obra maestra de Rómulo Gallegos está atravesada por un eje ideológico bien definido. Las perspectivas de los personajes oscilan entre un polo y el otro antes de centrarse en él. Al final, parece que Santos Luzardo, Marisela, Antonio y Doña Bárbara tienden hacia el mismo objetivo, que es a la vez un regreso al orden original y una apertura hacia el progreso. La imagen del llano traduce bien esa paradoja siendo a la vez un paisaje eterno y una "tierra de horizontes abiertos" (415). Dicho eso, el ideal que se propone en Doña Bárbara es un punto de fuga hacia el infinito tan abierto como la noción de destino que fascina a Arturo Cova en La vorágine. Se opone ante todo al determinismo que mantiene las desigualdades

sociales, para abrir un nuevo horizonte del cual cabe al lector proseguir la concreción.

I. B. 3. La rebelión de Castro en El mundo es ancho y ajeno

Como en Doña Bárbara, en la novela El mundo es ancho y ajeno (la llamaremos El mundo), la acción de los personajes, aun cuando apunta el cambio, tiene como objetivo volver a un estado de orden inicial. Pero este orden no está confinado en una época pasada; se confunde con una tradición indígena todavía vigente. Vemos la vida de una comunidad indígena de los Andes ritmada por los trabajos agrícolas, "La siembra, el cultivo y la cosecha son el verdadero eje de su existencia" (159). El orden social que estaba asegurado allí desde tiempos inmemoriales por un sistema democrático respaldado por un culto espiritual a la tierra, se deteriora con la intrusión de un terrateniente, quien usa el sistema judicial y varios ardidés para apoderarse de sus tierras agrícolas y obligar de esa manera a los comuneros a trabajar en sus minas. La historia de la comunidad, que era una al principio, se vuelve la de los distintos comuneros que se dispersan en el país en búsqueda de una nueva vida: Doroteo Quispe se hace bandolero, Amadeo Illas trabaja en una plantación de coca, Calixto Paúcar se hace contratar en una mina, Augusto Maqui se hace cauchero y Juan Medrano es peón en haciendas de cacao y de café antes de arrendar una tierra a cambio de una parte de su cosecha. El enfoque en la vida comunitaria idealizada se desplaza hacia la vida nacional, la cual los comuneros no pueden integrar sino difícilmente. Frente a esa situación, la vuelta a la vida de la comunidad se presenta como la única opción viable, y se revela que

no hay más remedio que abrir la comunidad al progreso para hacer ese regreso posible.

El espectro de perspectivas desde el cual se presenta la sociedad peruana va del conservatismo más radical de Artemio Chauqui y de su abuelo, para quienes “El indio no debía imitar al blanco en nada porque el blanco, con todo su progreso, no era feliz” (511), al enfoque capitalista del terrateniente don Alvaro Amenábar, quien piensa “que esos indios ignorantes no sirven para nada al país, que deben caer en manos de los hombres de empresa, de los que hacen la grandeza de la patria” (182). Entre los dos, hay Porfirio Medrano y Benito Castro, quienes desean “abatir la superstición” para que la comunidad pueda progresar económicamente (508), lo cual le permitiría tener acceso a la educación. Se representan así tres grupos sociales —el de los indios, el de la oligarquía y el de la *intelligentsia*— con los cuales Alegría reproduce la estructura narrativa de Aves sin nido (1889) de la peruana Clorinda Matto de Turner, que se conoce como la primera novela indigenista (Prieto 139).

El influjo del positivismo había traído la creencia de que el cuerpo social era como el cuerpo humano, y pues, que cuando no se desarrollaba normalmente, o sea como las sociedades europeas, había que currarlo. Por eso ciertos novelistas se daban la misión de “combatir y quizá eliminar los vicios de la sociedad” (Oviedo, Hist. lit. lat. 2. 145). Antonio Cornejo Polar (29-54) observa que Matto de Turner presentaba a los notables como a un grupo que impedía el progreso del país manteniendo el sistema feudal de explotación del indígena legado por el pasado colonial. Frente a ese grupo dominante el indio es impotente, dada su bondad natural. Los forasteros, modelos de virtud, toman el partido de los indios y oponen

a las costumbres decadentes de los notables un proyecto modernizador cuya piedra angular es la educación. De manera que la condición miserable del indio sirve de argumento a los sectores liberales en contra de la oligarquía conservadora. Se puede ver la misma estrategia en El padre Horán (1848) de Narciso Aréstegui. Pero en este caso la perspectiva progresista no estaba representada por unos personajes, quedaba en la voz narrativa.

Más tarde, la novela de Jorge Icaza En las calles (1935) presenta al *cholo* (el que es mitad indio, mitad español) como elemento potencial de progreso (Franco 256). Se empieza así a concebir que la iniciativa del cambio social en las comunidades indígenas pueda proceder del indio. Pero se cree todavía que el desarrollo de la comunidad corresponde a su aculturación a la sociedad nacional. En cambio, en El mundo, el proyecto modernizador del *cholo* Benito Castro no apunta la integración de los indígenas a la vida nacional, sino la preservación del modo de vida tradicional de la comunidad, que el narrador presenta como un modelo de organización social ideal. Esa nueva mirada sobre la relación entre los principales grupos sociales que componen la sociedad peruana (los indios, la oligarquía y los cholos) transfigura el modelo que presupone el horizonte de expectativas del público y propone así una transformación de la estructura social.

En los primeros capítulos, el narrador idealiza la vida tradicional de la comunidad de Rumi. Contrariamente a las sociedades modernas, la comunidad está vinculada a un lugar circunscrito, el cual brinda un principio permanente de justicia que garantiza la felicidad de los comuneros, como se puede ver en el fragmento siguiente:

Era hermoso de ver el cromo jocundo del caserío y era más hermoso vivir en él. ¿Sabe algo la civilización? Ella, desde luego, puede afirmar o negar la excelencia de esa vida. Los seres que se habían dado la tarea de existir allí, entendían, desde hacía siglos, que la felicidad nace de la justicia y que la justicia nace del bien de todos. Así lo había establecido el tiempo, la fuerza de la tradición, la voluntad de los hombres y el seguro don de la tierra. Los comuneros de Rumi estaban contentos de esa vida. (11)

La unidad de lugar viene acompañada de una concepción cíclica del tiempo: "La vida continuaba igual, pues. Un día más va a pasar, mañana llegará otro que pasará a su vez y la comunidad de Rumi permanecerá siempre, decíase Rosendo" (15). Puesto que la vida en el pueblo es ideal, no se puede esperar otra cosa del porvenir que la permanencia de este estado de cosa. Así, cuando unos viajeros propusieron a los comuneros venir a trabajar en las explotaciones de caucho para ganar más plata, el alcalde fue categórico: "nosotros cultivamos la tierra" (75). De manera que su hijo Augusto, el único quién muestra interés por la proposición, siente que toda la comunidad lo censura (75). La selva es simbólicamente el antítesis de la continuidad que hay en la comunidad. Al igual que en *La vorágine*, representa la transformación y el devenir: "el hombre entra a este mundo vegetal donde no hay más huellas que las que él mismo ha dejado y que pronto serán borradas por las hojas que caen" (*El mundo* 396). Ahora bien, la sucesión de los hechos muestra a Augusto que "el error más grande que cometió en su vida fue el de abandonar su comunidad" (414). También les va mal a todos los comuneros que intentan hacer otra cosa que cultivar la tierra —Amadeo Illas (299-313), Calixto Paúcar (361-378), Adrián Santos (502-503). En cambio, encuentra la felicidad Juan Medrano, quien, tras haber trabajado en las culturas de cacao y de café, decide establecerse en una hacienda donde puede cultivar la tierra según su gusto (457-473).

Para el representante de la tendencia más conservadora de la comunidad, el anciano Chauqui (18), el transcurso del tiempo en la escala nacional es degenerativo. Hay cada vez menos comunidades (donde la vida es ideal) porque los foráneos vienen a anular el régimen de comunidad mediante la ley y el derecho. El narrador va en el mismo sentido cuando critica la burocracia de Perú:

Con códigos en el papel se ha escrito parte de la tragedia del Perú. La otra parte se ha escrito con fusiles y con sangre. El pueblo, como un francotirador extraviado en la tierra de nadie, recibió ataques desde ambos lados y cayó abatido siempre. (181)

Para el uno como para el otro son cambios que vienen desde afuera que trastornan el orden que reina en la comunidad indígena.

Ese enfoque idealizador de la vida tradicional indígena discrepa con la imagen del pueblo indígena a la cual nos habían acostumbrado las novelas indigenistas anteriores. Por ejemplo, en Huasipungo (1934) del ecuatoriano Jorge Icaza o en Raza de bronce (1919) del boliviano Alcides Arguedas, se nos presentaba una visión del indígena que era al contrario, sumamente pesimista (Franco, Hist. lit. hisp. 255-261; Sánchez 501-506; Prieto 148-149). La vocación social que había tomado la novela de tema indígena en el siglo XX, hizo que se empeñaba a denunciar su miserable condición. Es precisamente ese rasgo característico que llevó a los historiadores de la literatura hispanoamericana a distinguir la novela indigenista de la novela indianista del siglo anterior. A partir de Aves sin nido (1889) —y de El padre Horán (1848) como apunta Prieto (139-142)— se empieza a explorar los lados más oscuros de la vida del indio, mientras que la novela *indianista* vehiculaba todavía una imagen ideal del indio; se puede pensar en Cumandá (1879) de Juan León Mera por ejemplo, una de las últimas de ese linaje.

En Aves sin nido (1889), había todavía esa representación idealizadora del indio. Sin embargo, el paisaje, también idealizado, servía para determinar “una clara oposición entre esa naturaleza perfecta y esa sociedad imperfecta que la habita” (Cornejo Polar 32), y no un sistema de organización social armonioso como en El mundo. El modelo perfecto de vida social no era la comunidad indígena, sino Lima donde “se educa el corazón y se instruye la inteligencia” (cit. en Cornejo Polar 43).

El regionalismo, incluyendo a El mundo, retomó la misma “versión romántica de la realidad física” que circundaba al indio idealizado de Cumandá según Miguel Oviedo (Hist. lit. hisp. 2 116). Proseguía así una estrategia nacionalista americana que consistía en asentar una cultura propia en el Nuevo Continente para liberarla del ascendente cultural de la metrópoli. El ideólogo José Mariátegui (1894-1930), recurrió también a ese proceso de “americanización” cuando vio en “el sistema de los *ayllus* del antiguo pueblo quechua formas de organización comunitaria que eran el germen del «comunismo inkaico»” (Oviedo, Hist. lit. hisp. 3 455). Lo que faltaba al indigenismo, derivada de una ideología marxista y socialista importada desde Europa (Uslar-Pietri 143), era precisamente esa legitimidad que le dio esa asociación con el modo de vida tradicional indígena. La corriente literaria indigenista, que era inicialmente interesada sobre todo en favorecer el desarrollo económico y desencadenar la fuerza productiva indígena, había desatendido el choque cultural que suponía el rechazo de las estructuras feudales legadas por el pasado colonial y la integración del indígena a la sociedad moderna. Se puede observar la misma negligencia en el programa del Partido Aprista Peruano, que Alegría dejó poco después de Mariátegui, a quien dice deber mucho (Urdinavia 180). En cambio, ese choque cultural es exactamente la

problemática en la cual se ha interesado Alegría como insinúa el título *El mundo es ancho y ajeno*. Para él, había un socialismo profundo que era manifestación de una forma “que tiene una nación de reaccionar ante la vida” (Alegría cit. en Urdinavia 180). Por lo tanto, no es un régimen político que se impone desde el exterior a un pueblo, es más bien lo que resulta de la afirmación de ese pueblo. De allí la pertinencia de presentar una visión indígena de la realidad social que es autónoma por emanar directamente de su relación con el medio natural donde vive.

El modo de organización social de la comunidad indígena no es problemático en El mundo. Según dice el narrador, el alcalde está abierto a la modernización: “no rechaza, e inclusive desea, lo que los hombres llaman el progreso” (48). Vemos más adelante que efectivamente, Rosendo Maqui tiene proyectos de desarrollo económico que permitirían a los comuneros tener acceso a la educación (154). Los problemas empiezan cuando el terrateniente viene a poner término a esa vida paradisíaca desterrando a la comunidad.

La concepción del mundo de los indígenas choca con la de una cierta elite. Para el abogado de la comunidad, Bismarck Ruiz, un aviador peruano que cruzó los Alpes volando, es un buen ejemplo de hombre que hace la grandeza de su patria. Valora la innovación y la superación del genio humano mientras que los comuneros no tienen otra ambición que seguir cultivando la tierra: “Ellos —pensaban— eran muy ignorantes y, en su humildad, no sabían servir de otro modo que cultivando la tierra... Cumplían con su deber y personalmente sentían que ésa era la mejor forma de cumplirlo” (82). Es lo que justifica para don Alvaro Aménabar, que una elite

deba administrar el país y que las masas sirvan de mano de obra para la realización de sus proyectos, como confirma el fragmento siguiente:

Yo pienso... que esos indios ignorantes no sirven para nada al país, que deben caer en manos de los hombres de empresa, de los que hacen la grandeza de la patria... el Perú necesita de hombres de empresa, que hagan trabajar a la gente. Trabajo y trabajo, y para que haya trabajo precisa que las masas dependan de hombres que las hagan trabajar. (182)

Amenábar ha heredado de su padre su ambición de conquistar tierras y de luchar en contra de los Córdova, otra familia de terratenientes. Se destaca que su forma de relacionarse con la gente es distinta de la de la comunidad indígena, la cual reparte la cosecha entre los comuneros "según sus necesidades" (159), pues está basada una rivalidad para apoderarse de los recursos. Y esa actitud se transmite: Amenábar estimula la competencia entre sus peones haciendo "que unos se sientan más y otros menos" (190).

Mediante varias alegorías y ejemplos, se demuestra que hay una justicia natural que hace que la rivalidad no es viable, por una parte porque tarde o temprano se vence al opresor, y por otra parte porque un tercero se puede aprovechar de ella a costa de los rivales. "El alcalde pensaba que los animales son como los hombres", pues para Rosendo Maqui esa justicia natural se transparenta en el combate entre sus bueyes, como podemos ver en el fragmento que sigue:

Choloque fue un maldito... Era el más voraz de los clandestinos visitantes de los plantíos de trigo y maíz... La opinión pública reclamaba: «Hay que caparlo», pero Maqui dejaba las cosas en el mismo estado en gracia a la energía y hermosa estampa del Choloque... El poder lo convirtió en fanfarrón. Los demás toros le temían. Hasta que el toro Granizo... resolvió terminar... tomó paso a paso su camino, que era el de la victoria sobre el despotismo. El no heredó de los malos hábitos hasta se diría que se confundió con los demás toros. (41-45)

Por analogía, para el alcalde, el que oprima a la comunidad tiene que ser derrotado por alguien que tiene un sentido de la justicia, no por una instancia jurídica que se impone desde afuera ("Maqui dejaba las cosas en el mismo estado"). El cuento del sapo y de la cigarra de Amadeo Illas (157) enseña una moraleja que va en el mismo sentido: la rivalidad entre los dos aprovecha a un tercero (la garza), mientras que causa su pérdida. Había resultado lo mismo en Doña Bárbara cuando los hermanos Luzardo "emprendieron uno de estos litigios que enriquecen a varias generaciones de abogados" (73). Se revela que en el horizonte del público hispanoamericano de la época, la intervención de un tercero en los litigios era mal percibida, sobre todo cuando se funda en abstracciones (hemos visto en el apartado anterior cómo la comunidad de Rumi percibe la ley en El mundo).

El ejemplo más contundente para demostrar las fallas del sistema de explotación feudal que personifica Amenábar, es el testimonio del Fiero Vasquéz. Sus padres, que eran pastores, tenían una deuda siempre creciente hacia su dueño, quien les pegaba cuando ni siquiera tenían un sitio donde dormir o comida suficiente (110-112). Su hijo (el propio Fiero), quien no tenía más remedio, se rebeló y se hizo bandolero, lo cual indica que el mal del cual padece la sociedad no viene de los excluidos sino de los que no les dieron la oportunidad de integrarse, o sea, de los terratenientes.

Vemos que para los colonos, Amenábar encarna efectivamente el mal. Viéndolo pasar con sus guardaespaldas se plantean "¡Qué maldá irán a hacer!" (179). Mientras tanto, él no ve otra cosa que sus proyectos: "tenía fija la mirada en el camino y fijos en el juicio de linderos los pensamientos"(179). La comunidad de Rumi ve al terrateniente del mismo ojo, pues los comuneros se dan cuenta de que

pega a sus pastores (73). Esa figura demonizada del terrateniente siempre ha tenido una función central en la novela indigenista. Sin embargo, notamos que Alegría no es tan maniqueo como sus predecesores: muestra también que hay terratenientes buenos. El personaje del terrateniente don Teodoro, quien contrató al Fiero Vasquéz después de su rebeldía, parece salir de una de esas novelas criollistas en que el hacendado paternalista puede remediar a los males del país. Su sentido de la justicia es superior al del Estado. Él explica que “Si nos quejamos a la capital, no nos harán caso. En Lima se ríen de las provincias y nos llenan de logreros... Nosotros también debemos reírnos entonces” (126). Pero este acaba por ser integrado a la ciudad: “fue elegido y se marchó a Lima” (134).

No se retratan tampoco a los abogados de manera parcial. Iñiguez ayuda a Amenábar a apropiarse de las tierras de la comunidad cambiando los nombres de los ríos que servían de linderos a las tierras de la comunidad, para obligar a los comuneros a trabajar en sus minas. Bismarck Ruiz, el primer abogado que la comunidad encuentra, se revela corrupto y se pone al servicio de Amenábar. Pero el segundo, Arturo Correa Zavala, se pone al servicio de la comunidad por convicción a semejanza de Santos Luzardo en Doña Bárbara. Vemos, sin embargo, que su eficacia es muy limitada, puesto que basta con robar un documento para que desaparezcan “las pruebas de la existencia misma de la comunidad” (El mundo 275). Se revelará imposible recurrir a la ley para obtener justicia, pues las autoridades se han convertido en agentes de los empresarios (445). Como explica Angel Rama en La ciudad letrada (77-78), la figura del letrado que viene a remediar a la injusticia no era sino un mito en América Latina. Respondía a una fantasía del individuo de poder oponer su “escasísima capacidad” de acción al “enorme peso de

las instituciones”, pero nunca existió. El fracaso del abogado de la comunidad de Rumi viene a liberar al lector de esa vana expectativa.

Al igual que en Aves sin nido, en El mundo la actitud de los notables representa el mal de la sociedad que estorba el progreso. Sin embargo, ya no es el positivismo liberal traído por unos forasteros el que constituye la vía de la redención de los indios, sino la elite de la propia comunidad. Los cholos tienen la ventaja de no estar contaminados por la codicia de los notables, por haber asimilado los valores de la comunidad indígena, y de no padecer por eso de la ignorancia de estos últimos, pues entran en contacto con el mundo exterior. Son los montoneros quienes trajeron la sangre blanca en la comunidad. El primero a integrarla fue Porfirio Medrano, el cual tenía ya sangre indígena y cuyos padres tuvieron que vivir en arriendo porque su abuelo perdió un juicio en contra de un gamonal. Este puede por tanto prevenir al pueblo de lo que anuncia el requerimiento de Aménabar (141). Al final, es él quien anima a Benito Castro, un cholo nacido en el pueblo, a presentarse como regidor y a quebrantar las supersticiones que estorban el progreso de la comunidad (505).

Benito Castro nació de la violación de una joven india por un montonero. Por eso su padrastro no lo quería y tuvo que adoptarlo el alcalde (33). Según Rosendo, su sangre de montonero le daba aptitudes que los demás no tenían, como el manejo de la honda (33). Pero como era indio *mala casta*, fue provocado en una pelea, que le obligó a exiliarse (449). Esto lo llevó a practicar varios oficios como peón en una hacienda, panadero, mozo de bar, diarero, fletero, militar, etc., y a encontrarse con varias personas que le abrieron nuevos horizontes intelectuales.

Encarna de alguna manera la anomalía que debe cambiar el curso de la evolución de la comunidad, como subraya analógicamente el narrador: “Marchaba contra el viento, contra el destino... El destino se le encabritaba como un potro y él cambiaba de lugar y marchaba y marchaba con ánimo de doblegarlo” (160).

Su primer encuentro significativo fue con otro cholo llamado Pajuelo. Ya había podido constatar Benito Castro que no era rentable trabajar en las haciendas —“daban para sobrevivir, pero no para vivir” (166)— y que la vida en la comunidad era más apetecible. Como Benito Castro, Pajuelo había abandonado su pueblo para volver, cuando las condiciones se le permitieron y tomar la defensa de los explotados en contra de las autoridades corrompidas y de los hacendados. Este es matado enseguida por los hombres del gobernador (171). Era la figura del agitador público, que hacía eco al personaje histórico Pedro Pablo Atusparia, quien inició una rebelión en 1885, como se lo contarán a Benito Castro unos peones indios de una hacienda donde trabajó (175). Castro entra también en contacto con la teoría política gracias a algunos compañeros y sobre todo al sindicalista Lorenzo Medina y al anarquista Carbonelli. Aunque no hubiese entendido cuando Lorenzo le decía “*materialismo histórico... tesis, antítesis, síntesis...*”, había tomado cierta consciencia de la necesidad del progreso: “En lo que sí estaba de acuerdo era en que el hombre debía ser libre, fuerte y alegre”(507). Se puede reconocer en esa actitud de Castro frente a la teoría la del propio autor ante la teoría del Espacio-Tiempo histórico de Víctor Raúl Haya de la Torre, la cual calificaba de “verdadero galimatis” y de “error ideológico” cuando dejó el APRA (Uradanivia 178-180). Lo que importaba a Alegría al origen, cuando había ingresado al partido, era que el pueblo pudiera entender su doctrina (Uradanivia 178). La perspectiva de Castro sobre la teoría política invita

precisamente al lector a cuestionar las pretensiones populistas de estas ideologías que estaban fuera de alcance del pueblo.

Como subraya el narrador, a pesar de que Benito Castro haya tenido que exiliarse, su apego a la comunidad era incuestionable: "Desde el momento en que se fue, estuvo regresando" (487). El conocimiento del mundo que adquiere Castro a lo largo de sus peregrinaciones le permite sin embargo tomar conciencia de que preservar la comunidad es la mejor vía posible para los indígenas, y que el progreso es imprescindible a su pervivencia, como muestra el fragmento siguiente:

El hombre que había traído los caminos del mundo enredados en las pupilas, sentía todo el compromiso de esa responsabilidad y meditaba. Le habría sido fácil marcar el paso, contemporizar, pagarse del pasado e ir medrando. Pero tal posibilidad no lo dejaba satisfecho. Su vida entera se habría sentido estafada y acabado tristemente, viendo una noche en la que pudo encender la alta llama de la creación. Tenía que surgir una concepción de la existencia, que sin renegar de la profunda alianza del hombre con la tierra, lo levantara sobre los límites que hasta ese momento había sufrido para conducirlo a más amplias formas de vida. (507)

Castro se rememora también su padre adoptivo, quien "intuyó el mundo al cual no tenían acceso" (508). La tarea de Benito Castro consiste en abatir la superstición para que la comunidad pueda acceder a nuevas áreas de cultivo, lo cual permitiría a la comunidad aumentar su producción y tener así el presupuesto necesario para acceder a la educación. Por eso, Castro debe tomar la responsabilidad de la ofensa que se haría a los espíritus de la tradición indígena realizando el proyecto. Contrariamente al cholo de En las calles, Castro no es un elemento potencial de progreso porque es más individualista o inconsciente (Franco, La cultura moderna 256), sino porque tiene un sentido de la responsabilidad social por su apego a la comunidad.

Hubiéramos podido considerar la novela como un mero alegato en favor de la integración de las comunidades indígenas a la sociedad moderna si el desenlace de la intriga no mostrara que la determinación del cholo queda inútil siempre y cuando la oligarquía sigue expropiándolas injustamente. Los comuneros de Rumi han invitado a la comunidad de Umay a rebelarse, y lo hicieron, pero el ejército de la república logra, una vez más en la historia, reprimir la revolución indígena antes de que se propague (526). Se revela entonces que las perspectivas de la oligarquía y de los indígenas, quienes sólo quisieran seguir viviendo de la agricultura como siempre, son irreconciliables, aún cuando estos aceptaran la idea de progreso. El lector había de concluir por consiguiente, que la única esperanza de redención del indígena era una revolución de mayor amplitud, que aún no había tenido lugar.

I. C. La retórica regionalista

Aunque cada una de las tres novelas que acabamos de analizar tiene sus particularidades, a las cuales volveremos en I. C. 3., podemos observar que tienen algunos puntos en común. Primero, todas muestran los efectos nefastos de la penetración del monopolio capitalista en las regiones rurales, y cuestionan el determinismo social que la sanciona, el cual está también vinculado a la pervivencia de las jerarquías feudales-agrarias heredadas de la tradición colonial. Segundo, la superación de ese determinismo, que toma la forma de un fatalismo en La vorágine, de principios en Doña Bárbara y de una rebelión instigada por el cholo en El mundo, se funda en valores que emanan de una relación directa del protagonista con el espacio regional.

Históricamente, el enfoque regionalista supone un cambio de perspectiva sobre la estructura social de las sociedades hispanoamericanas. En la primera mitad del siglo XIX, autores como Echeverría, Sarmiento, José Victorino Lastarria y Narciso Aréstegui habían opuesto las jerarquías tradicionales a un liberalismo republicano inspirado por Europa y Estados Unidos, el cual debía ser instaurado por la elite intelectual. Inversamente, la posición hegemónica de la burguesía terrateniente en el seno de la sociedad estaba justificada en la novela criollista por las filosofías positivistas: ella debía asegurar el orden social necesario al desarrollo económico. Si bien esos dos puntos de vista suponían posturas contrarias frente al orden señorial tradicional, apuntaban el mismo objetivo, que era el progreso de la sociedad. En ese sentido, son dos perspectivas positivistas, cuya primera es liberal y la segunda autoritaria, como señala José Miguel Oviedo (Hist. lit. hisp. 2 143). La cuestión que se presentaba entonces era ¿cuál sector de la sociedad podía asegurar mejor el desarrollo de las sociedades hispanoamericanas entre la *intelligentsia* y la burguesía? En ambos casos, el progreso implicaba que el pueblo debía someterse a los dictámenes de una clase dominante. La novela regionalista supera ese falso dilema apuntando más bien un regreso a un orden original. Este orden no se logra con la consolidación de las jerarquías sociales, sino con la eliminación de los elementos perturbadores, que son la intrusión del capitalismo monopolista y la intervención de la burocracia en las regiones rurales: la comunión de Cova con la naturaleza lo lleva a rechazar las jerarquías sociales y a matar a Barrera; la intención de Santos Luzardo de recobrar el orden original que había en el llano hace que se opona a las ambiciones monopolistas de doña Bárbara; y la voluntad de Benito Castro de hacer pervivir el sistema de organización social tradicional indígena lo

conduce hacia un rebelión en contra de la opresión de los terratenientes. Se trata de un cambio de horizonte de expectativas importante por el cual el sistema de organización social ideal ya no se impone desde un poder centralizado, sino que emana del espacio regional.

El telurismo no era una novedad en el pensamiento hispanoamericano. Sirvió para vincular las culturas locales a un pasado autóctono desde los últimos años del siglo XVIII, como ha señalado Carlos J. Alonso (201). Eso no impide que el regionalismo haya podido usarlo de manera original. En efecto, nuestras observaciones indican que en vez de explicar algunas particularidades culturales, justificaba en la novela regionalista un cambio social. Los críticos de la literatura hispanoamericana que hemos leído no coinciden en cuanto a la índole de esa justificación. Arturo Uslar Pietri suponía en su Breve historia de la novela hispanoamericana (1954) que la creación de mitos telúricos fundados en el paisaje permitía transmitir valores universales. Jean Franco (1969, 1973) creía por su parte que se trataba de nuevos valores ligados a la formación de una identidad americana por oposición a los valores europeos. Para Luis Alberto Sánchez (1976), estos valores no eran nuevos ni universales, pues reflejaban ni más ni menos los auténticos valores latinoamericanos que emanaban efectivamente de la relación del pueblo con el territorio. Desde la perspectiva de José Miguel Oviedo (1997), el paisaje era solamente un elemento más de ese "inventario" de la cultura latinoamericana que presentaba la novela regionalista para responder a la búsqueda identitaria que se llevaba a cabo entonces. En fin, para Alonso (1996), la novela regionalista estaba produciendo una identidad propia a partir del pasado y del territorio para orientar el futuro del continente.

No nos detendremos en la cuestión de si esos valores que emanaban de la representación del paisaje regional eran universales, locales, falaces, intemporales o nuevos. Por una parte porque no nos cabe juzgar del valor ontológico del contenido de la novela regionalista y, por otra parte, porque si estos valores debían llevar a un cambio social, es que estaban a la vez nuevas y aceptadas en aquel momento como verdades universales e intemporales, igual que las creencias que conservamos hoy día nos parecerán ciertas siempre y cuando no serán superadas por otras.

El cambio de horizonte de expectativas implica necesariamente una apropiación de los valores antiguos, igual que "Une religion nouvelle doit réussir à se mettre en rapport avec l'ancienne pour pouvoir la répudier de façon plausible" (Jauss, Herméneutique lit. 65-66). Esto explicaría por qué la novela regionalista tuvo que evocar un sentimiento de apego al territorio, pues éste siempre había servido de fundamento a las sociedades hispanoamericanas, y de alguna manera era su "religión".

Los valores que legitimaban el capitalismo monopolista, las jerarquías sociales y la tradición, estaban vinculados a determinadas concepciones de la nación, así como a unas percepciones del espacio regional. Como habíamos señalado en I. A. (14-15), el tema de la nación en que convergen las perspectivas en la novela regionalista, está encarnado por el espacio regional, y el cruzamiento de esas perspectivas debe permitir destacar sus contradicciones. Nuestra hipótesis es pues que la novela regionalista remite al territorio regional en primer lugar (I. C. 1.) para disociar el sentimiento de pertenencia colectiva de sus antiguos fundamentos que eran a) los proyectos de desarrollo económico y b) la cultura popular, y en segundo lugar (I. C. 2.) para legitimar nuevos ideales.

I. C. 1. a. Disociación entre los proyectos de desarrollo económico y pueblo

Desde la independencia de la América española, el concepto de nación había sido asociado a un poder centralizado capaz de generar proyectos colectivos. Las distintas naciones hispanoamericanas fueron dibujadas en el territorio americano, las colonias españolas y sus poblaciones, por la fuerza militar de los caudillos instalados en los centros administrativos coloniales. El Facundo ilustra bien esa realidad: según Sarmiento, la capital debía asumir una posición central en el seno del país (60), desde la cual podría abrir las vías de comunicación, tanto en el interior del país como hacia el exterior (348). Desde ese centro debía emanar el proyecto nacional de colonización y de explotación de los recursos del territorio. Sin ese gobierno que podía definir un proyecto de sociedad, la idea de nación perdía su sentido.

En las tres novelas de nuestro corpus se denuncia sin embargo la distancia existente entre la nación —como "territorio" y "conjunto de habitantes de un país" (DRAE)— y el Estado —como "conjunto de los órganos de gobierno de un país soberano" (DRAE)— mostrando que este último no podía asegurar en forma debida la justicia y el orden público. La representación que el Estado se hace del campo en La vorágine, ni siquiera corresponde al campo real como se ve en el extracto siguiente:

De juro que si bajan hasta Manaos, nuestro Cónsul, al leer mi carta, replicará que su valimiento y jurisdicción no alcanzan a estas latitudes, o lo que es lo mismo, que no es colombiano sino para contados sitios del país. Tal vez, al escuchar la relación de don Clemente, extienda sobre la mesa aquel mapa costoso, aparatoso, mentiroso y deficientísimo, que trazó la Oficina de Longitudes de Bogotá, y le responda tras de prolija indagaciones: «¡Aquí no figuran ríos de esos nombres! Quizás pertenezcan a Venezuela. Diríjase usted a Ciudad Bolívar.»

Y, muy campante, seguirá atrincherado en su estupidez, porque esta pobre patria no la conocen sus propios hijos, ni siquiera sus geógrafos. (361)

En Doña Bárbara, el litigio que está al origen de la discordia entre José Luzardo y Sebastián Barquero viene precisamente de "una frase ambigua en el documento, donde al tratarse de la línea divisoria ponía: «hasta el palmar de *La Chusmita*»" (73), y en El mundo es esa misma ambigüedad que permite a Amenábar desterrar a la comunidad. Esa distancia era imputable a la burocracia que caracterizaba a las sociedades representadas en la novela regionalista, la cual reflejaba la creencia de que se podía importar y instaurar por intermedio del Estado los modelos de desarrollo europeos. Cualquiera que haya sido la fuente de esa discrepancia entre el gobierno y el pueblo, la novela regionalista destaca que sostenía estructuras sociales problemáticas. Cuando el desarrollo económico viene desde afuera y está impuesto desde arriba por el aparato estatal, debe desplazar los sistemas de valores y las redes sociales tradicionales para instalarse, lo cual siempre crea tensiones como han observado varios investigadores. Desde la perspectiva económico determinista de Walt Withman Rostow, autor de The Stages of Economic Growth (94-95), la sociedad de acogida debe adaptarse a la nueva estructura social que exige el desarrollo para que el "arranque" del crecimiento económico sea posible. Pero uno no puede obligar a que la población se adapte, en contra de lo que habían creído varios dirigentes políticos de la época de la modernización en Latinoamérica. Como ha señalado el sociólogo Alain Touraine en Critique de la modernité (406), el Estado debe apoyarse en la historia y los particularismos de una nación para que acepte participar a su proyectos de desarrollo. De esa manera, se produce una negociación entre los valores tradicionales de una nación y el modelo de sociedad que se le

presenta. La tradición adquiere nuevos valores y el modelo social importado toma colores autóctonos, de la misma manera que los moldes literarios europeos habían terminado tomando una forma original respondiendo a las necesidades particulares del Nuevo Continente.

La novela regionalista debía asegurar esa conciliación entre tradición y modernidad. Pero se revelaba difícil evocar la idea de nación, como "conjunto de los habitantes de un país regido por el mismo gobierno" (DRAE), oponiéndose al mismo tiempo a ese gobierno burocrático y opresor, puesto que éste había constituido hasta aquel momento el corazón de las naciones hispanoamericanas. Tocaba entonces a los autores regionalistas colocar en otra parte que en la capital el centro de gravedad de la sociedad para cortar ese vínculo que la hacía depender del Estado. No insinuamos que los autores regionalistas estaban completamente conscientes de esa situación; conocer las consecuencias del cambio de horizonte de expectativas que ellos operaron es nuestra prerrogativa. Pero para que ese cambio pudiese producirse, el concepto de nación debía estar disociado del Estado y de sus proyectos de desarrollo económico. Por eso los protagonistas de la novela regionalista sienten un apego al territorio que los lleva a ser solidario con la gente que vive allí, y a oponerse al aparato estatal y a los empresarios para tomar su defensa.

I. C. 1. b. Disociación entre cultura popular y territorio

Se puede distinguir dos tipos de telurismo en la novela regionalista. El uno es una reminiscencia del determinismo sarmientino, por el cual el influjo de la naturaleza salvaje produce comportamientos bárbaros, y el otro es una

trascendencia, por la cual el protagonista se supera a sí mismo. Habiendo percibido ese doble uso que se hace del telurismo en la novela regionalista, Carlos J. Alonso había llegado a la conclusión que conlleva una contradicción irremediable (212). Si hubiésemos enfocado la función de la representación del paisaje regional en la novela regionalista desde el punto de vista de Alonso, para quien el proyecto de los autores regionalistas era encarnar el espíritu del pueblo, hubiésemos podido concordar con él en que produce una identidad paradójica, a la vez bárbara y virtuosa. Pero puesto que nos interesamos ante todo por la función social de la novela regionalista, no podemos considerar la definición de la identidad nacional como un fin en sí. La concebimos más bien como un aspecto entre otros de la retórica que sirve para impulsar nuevos proyectos colectivos. Uno puede estar tentado por establecer una relación directa entre el territorio, la identidad nacional y el cambio social, y postular a semejanza de Alonso, que la identidad nacional fundada en el territorio sirve para orientar los proyectos sociales. Puede ser que Alonso acierte en parte, sin embargo, la relación que se establece entre los tres es más compleja de que parece: efectivamente, las normas sociales con los cuales se identifica el pueblo en la novela regionalista siempre discrepan con los nuevos ideales propuestos por los protagonistas.

Alonso explica que los autores regionalistas se aprovecharon del trabajo de los filólogos hispanoamericanos del siglo XIX al incluir en sus obras fragmentos de habla popular y de literatura oral, pues esos filólogos habían creído descubrir el espíritu del pueblo detrás de esas manifestaciones lingüísticas. Incluso veían en la lengua vernácula el reflejo de la relación orgánica del pueblo con su entorno, el cual constituía la fuente de su propia esencia. La hipótesis de Alonso es que los autores

regionalistas siguieron el camino de estos filólogos en sentido inverso: "the writers of the *novela de la tierra* take as their point of departure this supposed essence and then proceed to write the text that will ostensibly embody it" (205). Reproducir la lengua popular y destacar la relación determinante que había entre el hombre hispanoamericano y el Nuevo Continente, que los filólogos habían ya postulado, hubiera permitido a la novela regionalista adquirir un carácter autóctono así como una legitimidad para fundar mitos colectivos.

Reconocemos que ese espíritu del pueblo se representa en la novela regionalista. Tal espíritu no se relaciona solamente con el territorio a través del habla popular, sino también de manera directa. Por ejemplo, en La vorágine (245) Clemente Silva le explica a Cova que "la selva trastorna al hombre"; en Doña Bárbara (393) Lorenzo Barquero cuenta a Luzardo que había sido víctima de "la tierra implacable"; y para Rosendo Maqui en El mundo, (159) "la tierra es la vida misma". Coincidimos también con Alonso en que los autores regionalistas presuponían que existía un espíritu del pueblo en vez de buscarlo. Esto se explica por el hecho de que el trabajo de búsqueda de esencias de las culturas nacionales había sido hecho ya por los filólogos y por la narrativa criollista. Ellos ya habían "esencializado" esas culturas nacionales al postular que emanaban de la relación del hombre con su entorno, o sea, al medio ambiental del Nuevo Continente.

En cambio, nos parece obvio que el objeto de la novela regionalista no es reafirmar los fundamentos continentales del habla y del espíritu del pueblo, pues los protagonistas de las tres novelas de nuestro corpus ponen en tela de juicio el determinismo que suponen los tres ejemplos que acabamos de dar: Arturo Cova crítica la mansedumbre de Silva (290); para Santos Luzardo, Lorenzo es el ejemplo

de lo que no hay que hacer; y Benito Castro quiere conducir a su pueblo hacia “más amplias formas de vida” (507). No se presenta en ninguna de las novelas de nuestro corpus ese espíritu del pueblo como un modelo ideal. La cosmovisión más bien cosmopolita pero igual fundada en el paisaje regional de Arturo Cova en La vorágine, o de Santos Luzardo en Doña Bárbara, no es solamente distinta de la de los personajes secundarios representantes del espíritu del pueblo, se opone a ella. Se puede decir lo mismo de la cosmovisión de Benito Castro en El mundo, quien había entrado en contacto con la vida urbana. Lo que Alonso (210) considera como una ambivalencia hacia la modernidad por parte de Gallegos, por defender a la vez la tradición y la modernidad, nosotros lo consideramos como una estrategia narrativa para invitar al pueblo en involucrarse en su proyecto modernizador. Creemos haber mostrado de manera clara en el apartado I. B. 2. (34) que el personaje de Antonio, quien representa la tradición en Doña Bárbara, termina apoyando el proyecto modernizador de Santos Luzardo. Se trata probablemente del ejemplo más patente de la integración de la tradición al proyecto modernizador. Pero esa estrategia aparece también en La vorágine y en El mundo. El fatalismo de Cova se superpone a la cobardía generalizada de los demás personajes, como el proyecto modernizador de Benito Castro vence las creencias tradicionales de su pueblo. Lejos de esencializar un espíritu nacional presupuesto, el territorio legitima la acción de un protagonista que contradice la tradición.

Hemos visto en I. B. que Santos Luzardo se hubiese expatriado sin ese apego a su tierra natal que lo llevó a preocuparse por su hacienda y por la gente de su región (35); Arturo Cova, mientras está en el llano, piensa hacerse rico para volver a Bogotá (22); y Benito Castro bien hubiese podido quedarse en la costa si no hubiese

sido de su apego a su pueblo natal (48-49). El porvenir de los protagonistas de las tres novelas está vinculado al de los vaqueros, de los trabajadores del caucho, de los llaneros o de los comuneros porque proceden o quieren vivir en el mismo espacio que ellos. Su sentimiento de pertenencia a su comunidad procede más de un apego al territorio que ella habita, que del sentimiento de ser partícipe de su cultura. Esto implica que la novela regionalista no orienta el futuro de las naciones hispanoamericanas fundando mitos colectivos en el espíritu del pueblo como supone Alonso, sino haciendo surgir nuevos ideales de una relación directa de los protagonistas con el paisaje. Estableciéndose en el espacio regional, estos nuevos ideales desalojan de alguna manera la cultura popular y le quitan sus fundamentos.

I. C. 2. Proceso de subjetivación fundado en el territorio

Hemos visto en los dos apartados anteriores que la novela regionalista cuestiona dos fundamentos históricos de la nación que estaban en relación estrecha con el territorio: el Estado como instancia organizadora de un proyecto de colonización y de desarrollo económico, y el espíritu del pueblo como forma de vivir en ese territorio. Se libera así el territorio de los papeles que había jugado históricamente en la constitución de las naciones hispanoamericanas. No iba a ser más un espacio para conquistar ni un ámbito que determinaba el comportamiento del pueblo; se había vuelto una fuente de inspiración para fundamentar nuevos ideales. Siguiendo a Alain Touraine, podemos llamar ese proceso de deslegitimación de normas sociales en provecho de una moraleja nueva *subjetivación*:

La subjectivation détruit le Moi qui se définit par la correspondance de conduites personnelles et de rôles sociaux et est construit par des interactions sociales et l'action d'agences de socialisation. ...[le sujet] pousse l'individu ou le groupe à la recherche de leur liberté à travers des luttes sans fin contre l'ordre établi et les déterminismes sociaux. (270)

Hay en las tres novelas de nuestro corpus una misma crítica dirigida al monopolio capitalista, ya sea cuando éste está representado por el personaje de Barrera en La vorágine, por Doña Bárbara y Mister Danger en Doña Bárbara, o por Don Alvaro Amenábar en El mundo. Estos personajes siempre obstaculizan la aspiración de los protagonistas a un regreso hacia una vida sencilla en la paz y el orden del campo, lo cual forma el nudo de cada intriga.

Ese orden ideal que es el objeto de la búsqueda de los protagonistas de la novela regionalista, puede ser tema de controversia, sobre todo si uno considera qué corresponde a la imagen que la novela regionalista da de la cultura popular. Borges (cit. en Oviedo, Hist. lit. hisp. 3 227) criticaba al regionalismo por mostrar una imagen típica de los hispanoamericanos al público internacional en vez de mostrarlos como eran. En el mismo sentido, Carlos J. Alonso (201) señaló, como hemos dicho más arriba, que los autores regionalistas presuponen una esencia del espíritu del pueblo que no existe necesariamente, pero que se elabora tejiendo vínculos entre la cultura popular y el territorio nacional. Para Doris Sommer (286), ni siquiera hay orden ideal, pues Rivera no hace sino desconstruir la estructura social, mientras que Gallegos la mantiene a pesar de sus defectos.

Hemos explicado en el apartado anterior que mostrar una imagen típica del pueblo o esencializar su espíritu no podían ser el objeto de la novela regionalista, pues ella invita al lector a superar la tradición. Por lo que atañe al desconstruccionismo que Sommer había visto en La vorágine, creemos que se debe

atribuir a la atención particular que ella prestó a las relaciones de género en Foundational Fictions. Es cierto que hay en La vorágine una crítica de la institución del casamiento y de las jeraquías sociales, como hemos señalado en I. B. 1. (18-19), pues forma parte de la tradición que debe estar superada. Y si hubiésemos centrado nuestro enfoque de análisis en la representación de las relaciones de género habríamos de concluir que se trata sin más de una desconstrucción. Pero habíamos visto también en I. B. 1. (18) que si bien se muestra en La vorágine que el ideal de consolidación nacional no se puede realizar a través de una relación amorosa, existe para Cova otro ideal que "no se busca; lo lleva uno consigo mismo" (81). La novela regionalista no hubiese podido cumplir una función social limitándose a reafirmar, ni mucho menos a desconstruir los fundamentos del Estado y de la tradición. Como dice Jaus (Esthétique de la réception 143), "L'expérience esthétique est... toujours aussi bien libération *de* quelque chose que libération *pour* quelque chose", para que se produzca un cambio de horizonte de expectativas "la réflexion esthétique adhère à un jugement requis par l'oeuvre, ou s'identifie à des normes d'action qu'elle ébauche et dont il appartient à ses destinataires de poursuivre la réflexion".

Se puede entender mejor la índole de ese orden ideal en que se fundan las nuevas normas sociales propuestas por la novela regionalista, enfocando los pasajes de las novelas de nuestro corpus que invitan al lector a adoptar esas normas. Empecemos por La vorágine. En un momento de inspiración Arturo Cova se dirige a la selva en esos términos:

¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbró las hojarascas de tus senos húmedos!

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo

longevidad a los árboles imponentes contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no puedan darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y más que la encina de fornido gajo, aprendió a amar a lo orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión.

Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. ¡Tú misma pareces un cementerio donde te pudres y resucitas! Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vida no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! (189-190)

Hemos escogido ese pasaje porque pone en evidencia el carácter totalizador y permanente de la selva por oposición a la brevedad de la vida humana y de sus ilusiones. A pesar de sus reticencias, el poeta adoptará el nuevo horizonte que representa como hemos visto en I. B. 1. (26-28), que es un ciclo universal en que aún la muerte forma parte de la vida, el cual supera la perspectiva determinista de los personajes secundarios. Esto se explica por el hecho sencillo de que uno da más crédito a lo permanente que a lo efímero, tiene lo eterno por cierto y lo temporal por falso. Para proponer un futuro capaz de retar el presente que la sociedad enfrentaba, la novela regionalista debía referirse a algo que tenía más sustancia aún, esto es, a una verdad intemporal que pueda relativizar las creencias de la época. Eso, nos dice Bajtín (293-294), es un sistema retórico que siempre funcionó a la hora de poner en evidencia contradicciones sociales. Uno se refiere a un orden ideal para mostrar los defectos de la sociedad en que vive.

A primera vista, Doña Bárbara puede asemejarse a una apología de la civilización más que una revelación de verdades intemporales, puesto que su protagonista defiende los principios de la legislación nacional. A ese respecto Sommer señala que "Gallegos insists (where Rivera desists) on damming up the leaky system of oppositions, because he is convinced that a system (of grammar, phonetics, law) is superior to systemic anarchy" (286). Pero como hemos observado en I. B. 2. (32-34), se muestra al contrario que los documentos legales carecen de sustancia. Es precisamente eso lo que provocó la discordia entre el padre de Luzardo y su cuñado Sebastián Barquero a propósito del deslinde entre sus dominios (73), y que permitió a doña Bárbara expandir injustamente el suyo (79). El Estado, con su aparato jurídico y el sistema que implica, no se presenta como una entidad en la cual se puede confiar, ni mucho menos como la encarnación de la justicia. Los principios que evoca Doña Bárbara emanan más bien del individuo, quien pretende actuar según las exigencias del territorio. "Los ideales del civilizado" salvan a Luzardo del impulso destructor que lo incita a luchar contra doña Bárbara, porque hacen que él no actúe para su propio interés sino para "contribuir a la destrucción de las fuerzas retardatorias de la prosperidad del Llano" (81), y así, restaurar "la apacible vida patriarcal de los primeros Luzardos" (72). Se supone que hay un orden social y una prosperidad inmanentes al Llano, por lo tanto, basta con eliminar esas "fuerzas retardatorias" para restablecer ese orden.

Ese orden original es más concreto en El mundo: los comuneros, incluyendo al alcalde Rosendo Maqui y a su heredero espiritual, Benito Castro "entendían, desde hacía siglos, que la felicidad nace de la justicia y que la justicia nace del bien

de todos", pues "Así lo había establecido el tiempo, la fuerza de la tradición, la voluntad de los hombres y el seguro don de la tierra" (11). Dicho eso, para Benito Castro, la "voluntad de los hombres y el seguro don de la tierra" deben superar esa "fuerza de la tradición" cuando se revela que esa tradición contraviene al progreso de la comunidad (y por tanto a su preservación) como lo muestra lo siguiente:

Su vida entera se habría sentido estafada y acabado tristemente, viendo una noche en la que pudo encender la alta llama de la creación. Tenía que surgir una concepción de la existencia, que sin renegar de la profunda alianza del hombre con la tierra, lo levantara sobre los límites que hasta ese momento había sufrido para conducirlo a más amplias formas de vida. (507)

En todos los casos el protagonista de la novela regionalista, que puede representar más genéricamente al individuo, se basa en un ideal que se ancla en el pasado por intermedio del espacio regional, pero que se proyecta en el futuro, para superar las normas sociales vigentes. Por supuesto, la evocación del pasado no implica necesariamente una nostalgia para ese pasado o un deseo de volver atrás, pues sirve ante todo de punto de apoyo para distanciarse de la realidad social presente. Se trata más precisamente de un proceso de *subjetivación*, paso obligado para que el individuo pueda imponerse y participar a la construcción de la sociedad en que vive en vez de perpetuar a ciegas los moldes que le impone.

I. C. 3. Las particularidades de cada novela

Se puede deducir del hecho de que las novelas de nuestro corpus han usado la misma estrategia, que forman parte de una misma corriente literaria y que tenían un horizonte cultural en común. Pero eso no debe hacernos olvidar que en cada una de ellas el sentimiento de apego del protagonista al espacio regional genera valores

distintas. Desde un punto de vista estrictamente formalista, esos valores discrepan en función de la focalización de la narración y de la rama del regionalismo en que se inscribe cada novela:

Hemos visto que siendo la focalización de La vorágine centrada en el protagonista, este tiene que superarse a sí mismo para descubrir su propia moral. No otro valor de referencia que la naturaleza, la cual encarna el cambio y la transformación. Sabemos que la novela de la selva solía mostrar la impotencia de la razón humana frente a la fuerza de la naturaleza. La vorágine prosigue esa corriente, pero en vez de oponer la naturaleza a la razón práctica, le opone las pulsiones rebeldes de Cova, las cuales aparecen como una manifestación de ella ,y por tanto, una fatalidad.

La focalización de la narración de Doña Bárbara integra las perspectivas de varios personajes, las cuales están fuera de alcance del protagonista. Esto implica que la perspectiva del narrador y del lector es más ancha que la suya, y pues, que puede existir una moral justa independiente de su subjetividad. Es lo que permite a Santos Luzardo volver en la buena vía después de su extravío en la tercera parte de la novela. La moraleja está preservada por Marisela, a quién le había transmitido previamente. La importancia de atenerse a los principios supera pues el juicio personal de cada uno de los personajes. Presentar valores estables es característico de la novela de la tierra cuya tradición prosigue Doña Bárbara.

En el caso de El mundo, la focalización es más ancha todavía. No abarca solamente a varios personajes, sino también a varios sectores de la sociedad. Por consiguiente, las perspectivas están distribuidas entre ellos. Los indios representan la tradición, los terratenientes representan el capitalismo, y el cholo representa una

tercera perspectiva de la cual se hace la apología. Hemos visto que la novela indianista enfocaba la interacción entre los varios sectores de la sociedad encarnados por los personajes. La novela indigenista, incluyendo El mundo, prosigue esa práctica.

Ahora bien, si es cierto que la literatura regionalista tiene una función social, sus diferentes desarrollos deben responder a las expectativas específicas de las sociedades en el seno de las cuales han sido producidas. Veremos en la próxima parte de este trabajo cómo las características propias a cada novela se insertan en el horizonte social de expectativas de sus primeros públicos.

II. El horizonte social de expectativas

II. A. Nuestro enfoque sociológico

Esta segunda parte será dedicada en destacar los aspectos de los contextos sociales de recepción de las obras del corpus con los cuales se pueden relacionar los nuevos horizontes de expectativas que hemos observado. Partimos pues, con la hipótesis de que los cambios que se producen en la literatura tienen una manifestación equivalente en otros sistemas de comunicación, ya sea, la política, la ciencia o la economía, si usamos la clasificación que presenta Siegfried J. Schmidt en Foundations for the Empirical Study of Literature (24-25). Según el teórico alemán, podemos considerar una sociedad como un sistema de sistemas de comunicación, o sea, un conjunto de sistemas de comunicación interdependientes. La sociedad no podría existir sin esa cooperación entre los sistemas de comunicación que permite a sus partes comunicar entre sí y coordinar sus acciones. Por ejemplo, en las sociedades latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XIX, uno puede considerar que es el sistema económico el que había permitido construir vías de ferrocarril para exportar la producción agrícola y las materias primas que se producían, y luego, importar bienes de consumo del extranjero. Pero hubo otros sistemas de comunicación que incidieron en ese proceso. El discurso científico que emanó de la Ilustración, de la teoría de la evolución y del positivismo, sostenía que el progreso era inevitable (Burns 15-16). Como había indicado el filósofo y sociólogo inglés Herbert Spencer (cit. en Burns 15), las vías de ferrocarril eran una parte vital del sistema orgánico de las sociedades modernas, las cuales debían conducir a "the establishment of the greatest perfection and most complete happiness". Por lo tanto, tocaba a las elites que habían percibido esa "verdad", instaurar para el bien

de todos un orden social que iba a favorecer la inversión extranjera requerida para desarrollar esa parte vital del sistema social ideal. Para que se concretase ese proyecto, la concertación de ese grupo de individuos debía organizarse mediante otro sistema comunicativo: la política. Así, en Colombia, en Venezuela como en Perú, la construcción de las vías de ferrocarril fue posible gracias a los gobiernos liberales que tomaron el poder en los años 1860, lo cual tuvo consecuencias económicas, sociales, culturales, etc. Los cambios sociales suelen producirse a través de cruzamientos entre los sistemas de interacción comunicativa que organizan la sociedad.

Cada sistema tiene sus particularidades. Por eso Schmidt distingue la cultura de la economía, de la ciencia y de la política. Es más, cada sistema se puede subdividir en subsistemas con características propias. La literatura se incluye dentro del sistema de comunicación "estético", que es un subsistema de la cultura. Los comunicados que se transmiten dentro del marco del sistema estético tienen como particularidad de escapar a la incredulidad del receptor, es decir que no tienen por qué estar considerados como verdaderos para librar su mensaje. Y puesto que no deben ser fieles a una realidad intersubjetiva, estos comunicados pueden tener varios significados según la interpretación que hace el receptor. Ignorando las convenciones de la "verdad" (Schmidt 51) y la de la "monovalencia" (Schmidt 58) que rigen los demás sistemas de interacción comunicativa, el subsistema "literatura" ofrece la libertad de expresión necesaria para proponer visiones alternativas a la realidad social del público. El lector de una novela, más específicamente, no sale en búsqueda de una verdad única, sino que está dispuesto a asumir las varias perspectivas desde las cuales se presenta la realidad en la obra

que lee. Está así llevado a relativizar su postura ideológica admitiendo que existen otras. Ese ejercicio, puesto que puede quebrantar ciertos presupuestos del lector, puede también llevarlo a cuestionar su comprensión de la realidad en la cual vive, y así, a reevaluar su papel en la sociedad, lo cual puede lógicamente tener repercusiones en otros sistemas de interacción comunicativa. Es por lo menos lo que pretenden Schmidt, Jauss e Iser, y lo que se hubiera producido si efectivamente, las obras de nuestro corpus cumplieron una función social.

Esa clasificación basada en las normas y reglas de funcionamiento de cada sistema convenía en la realización del proyecto de Schmidt, que era aislar el sistema literario de los demás sistemas de interacción comunicativa. Sin embargo, ese modelo no es completamente adecuado para describir el papel de la literatura dentro de la dinámica de la evolución de la sociedad. Jauss había señalado que en el análisis de la recepción de una obra literaria, había que tener en cuenta "las expectativas específicas de grupos y clases, refiriendo así [el código de normas estéticas] a los intereses y a las necesidades de la situación histórica y económica que determina estas expectativas" (cit. en Iglesias Santos 81). Es importante destacar que el cambio de horizonte de expectativas literario se inserta en el marco de una interacción entre grupos de intereses. En su tratado de sociología del conocimiento The Social Construction of Reality , Peter L. Berger y Thomas Luckmann describen justamente la "realidad social" como el resultado de una pugna entre los grupos o colectividades particulares que producen "sentido"(85), es decir, que hacen parecer normales los modos de socialización que les convienen mediante aparatos conceptuales. Completaremos pues la concepción de la sociedad

de Schmidt con el enfoque de Berger y Luckman, para poder describir mejor la estructura de los contextos sociales de recepción de las novelas de nuestro corpus.

Ejemplificaremos otra vez nuestras herramientas teóricas con un caso concreto que está en relación con el tema de este trabajo para que se vea más claramente su utilidad. Los terratenientes de las sociedades latinoamericanas en el siglo XIX podían justificar el sistema feudal de explotación agrícola del cual se aprovechaban mediante las "maquinarias conceptuales" que son la religión y las tesis del positivismo comptiano, según las cuales era necesario que alguien impusiera el orden para que la sociedad pudiera progresar (Dabène 6). Las capas sociales inferiores tenían que usar a su vez estas u otras "maquinarias conceptuales" —que pueden ser según Berger y Luckmann (110), la mitología, la teología, la filosofía y la ciencia— para lograr cuestionar ese "modo de socialización" e institucionalizar, o sea hacer legítima, otra concepción de la realidad.

Si queremos asociar el modelo de Berger y Luckmann a los sistemas de interacción comunicativa de Schmidt, podemos incluir la política y la economía en la ciencia y la filosofía, y la cultura en la mitología y en la teología. Pero no nos detendremos más en establecer divisiones que son de todas formas artificiales, puesto que los sistemas se influyen constantemente entre sí. Lo que nos importa aquí es destacar que los contextos sociales que vamos a observar no presentan concepciones de la realidad unitarias y coherentes de las cuales emanaría la vida política, el pensamiento, la producción cultural, etc., sino un proceso dinámico de interacción entre varias cosmovisiones producidas por varios grupos y mediante diversas maquinarias conceptuales.

El periodo que cubre nuestro corpus fue una era de conflictos sociales. Las mismas estructuras jerárquicas que había legado el mundo colonial a la Gran Colombia se mantuvieron hasta principios del siglo XX (Lynch 59), mientras que Colombia, Venezuela y Perú estaban a punto de conocer un crecimiento económico sin precedente, el cual favorecía la emergencia de una clase media cada vez más disidente. Las exportaciones de materias primas de estos tres países (café en Colombia, petróleo y cobre en Venezuela, y petróleo y algodón en Perú) fueron, entre las de todos los países latinoamericanos, las que aumentaron más de 1918 a 1928 (Dabène 35). Las inversiones Estadounidenses culminaron en 1929 con 260 millones de dólares para Colombia, 162 para Venezuela y 151 para Perú (Dabène 37). Mientras tanto, la subida de la clase media y el influjo de los movimientos de izquierda internacionales fomentaba la creación de partidos que pudiesen oponerse al predominio del imperialismo capitalista: el *Partido Socialista Revolucionario* en Colombia (1919), el *Partido Revolucionario* en Venezuela (1926) y la *Alianza Popular Revolucionaria Americana* (1924) en Perú. Las oligarquías que se aprovechaban del auge del comercio se daban entonces como misión preservar el orden social necesario al desarrollo de las actividades comerciales y condiciones favorables para las empresas extranjeras, aunque tuviese que ser a costa de las libertades individuales.

Las masas populares no se adaptaban siempre con benevolencia a todas las transformaciones que conllevaba el desarrollo económico. Si bien algunos confiaban en las virtudes del libre comercio, para otros muchos el concepto de enriquecimiento de la nación presentaba una abstracción que no servía sino para legitimar la hegemonía de los grandes terratenientes. De allí la pertinencia, en la

novela regionalista, de vincular los nuevos valores propuestos a lo que la nación tiene de más concreto y que es común a todos sus ciudadanos: es decir el territorio. Se podía así juntar todos los sectores de la sociedad alrededor de una visión de la realidad social que se distinguía de las concepciones anteriores de la nación. Obviamente, se trataba de una estrategia narrativa. Los autores regionalistas no tenían las pretensiones científico-deterministas de un Sarmiento o de un de Tocqueville. No procuraban explicar las peculiaridades de sus pueblos por su relaciones con el medio natural. Bastaba con mostrar que los protagonistas estaban animados por ese sentimiento de apego al paisaje regional para convencer a uno de que no podían sino actuar por el bien de su patria, contrariamente a las oligarquías tradicionales, y que eran, por lo tanto, dignos de tomar su sitio.

Este nuevo fundamento de las identidades nacionales en el territorio respondía sin duda a una expectativa común al público de cada novela: que se hiciera legítimo un modo de socialización que tenga otro fin que el enriquecimiento de una minoría privilegiada. Pero las especificidades de los horizontes de expectativas que evocan cada novela nos ha llevado a creer que los públicos respectivos de cada novela tenían también sus expectativas específicas, lo cual nos proponemos averiguar en esta segunda parte, examinando su horizonte social de expectativas. Estableceremos primero hasta qué punto los contextos sociales de producción han podido influir los contenidos de cada novela, lo cual nos permitirá deducir qué novedad los cambios de horizonte de expectativas literario que hemos destacado anteriormente presentaban en las sociedades donde aparecieron. Luego veremos si esas novedades se han transmitido a otros sistemas de interacción

comunicativa después de la publicación de las novelas del corpus, con el fin de saber si es posible que hayan tenido efectivamente una función social.

II. B. 1. Colombia a la merced del capital extranjero

Las tensiones sociales entre los sectores obreros y la oligarquía eran ya patentes en Colombia en 1924, año de la primera publicación de La vorágine. Las primeras grandes huelgas estallaron en 1918 en los puertos de la costa del Caribe y el derecho de huelga fue reconocido en 1919. Así, se estaba formando una conciencia de clase que iba a retar el orden establecido algunos años más tarde.

Podemos remontar hasta las primeras décadas de la independencia de Colombia para encontrar los orígenes de la estructura social que se cuestionaba entonces. Las luchas interiores y las alianzas entre los caudillos, que se prosiguieron hasta los años 1840, configuraron los dos bandos que iban a dominar la palestra política del país hasta el siglo XX: los liberales y los conservadores. Los unos exaltaban la conciencia individual y creían que la justicia social debía ser reivindicada por el pueblo, mientras que los otros creían que se debía desarrollar una conciencia social respetuosa de las jerarquías gracias a la cual los más aptos podían garantizar el bienestar de los más desfavorecidos (Pike, Spanish America 129-130). Pero ambos partidos eran principalmente formados por la elite. De hecho, bajo un partido político u otro, la estructura de la sociedad quedaba la misma, pues el liberalismo económico igual que la defensa de un orden patriarcal legitimaba la hegemonía de las oligarquías terratenientes. El hecho de que no se enfrentasen en las elecciones clases sociales, sino sistemas de clientelismo por los cuales jefes y

obreros votaban por el mismo partido, había generado un problema cíclico que perduró hasta hace poco como explica el historiador J.P.Minaudier:

... ce système de clientélisme fonctionnait si bien, la société était si étroitement encadrée par les partis, que le résultat des élections devenait totalement prévisible: une fois qu'un parti était au pouvoir à Bogotá, dans une province ou dans un état confédéré, qu'il contrôlait l'organisation des élections et le décompte des voix, personne ne pouvait l'en déloger légalement; selon la formule consacrée, "le seul électeur était le scrutateur"...

Une constante essentielle de ce type de vie politique est que jusqu'aux années 1970, jamais un parti ne perdit le pouvoir tant qu'il resta uni: les seules alternances eurent lieu lorsque le parti au pouvoir se divisa et qu'une partie de ses membres fit alliance avec l'adversaire. (145)

El principio de la era conservadora, durante la cual fue publicada La vorágine, ofrece un buen ejemplo del proceso por el cual se efectuaba esa alternancia. En 1886 el liberal moderado Rafael Núñez instauró una nueva constitución en contra del ala más radical de su partido. El nuevo sistema de gobierno iba a ser centralista, autoritario, proteccionista y favorable al catolicismo. Todas esas medidas debían restaurar un orden público que favoreciese el desarrollo económico, pero también un orden que los liberales radicales ya no podrían retar. Estos tomaron dos veces las armas para reconquistar el poder, pero no pudiendo más contar con las bases regionales que ofrecía el sistema federal anterior, fueron derrotados por el gobierno. Al final de la segunda tentativa, la guerra de "Mil días" (1899-1902), los conservadores contaban además con la ayuda de Estados Unidos — que intervinieron para poder concluir un tratado para el canal de Panamá— e iban a quedarse en el poder hasta 1930.

El tratado de paz de 1902 comprendía una amnistía de los liberales. Pero había también que reformar la constitución de 1886, que no ofrecía a los liberales posibilidades legales de volver a tomar el poder (Orlando 66). El primer presidente

elegido después de la guerra, Rafael Reyes, emprendió esa reforma de la ley electoral a pesar de la oposición de su propio partido, pero tuvo que retirarse cinco años después, cuando su incapacidad para resolver el problema monetario y la firma de un tratado con Estados Unidos, para normalizar el conflicto de Panamá, le hicieron perder los apoyos que le quedaban (Orlando 68). La reforma de la constitución fue adoptada en 1910. Esta debía proteger a los individuos de los abusos y de las persecuciones del gobierno y hacer que las minorías fueran representadas mejor. Sin embargo, observa el historiador Jorge Orlando Melo, a semejanza de Minaudier, que el sistema político quedaba el mismo:

La constitución, a consecuencia de estas reformas, hacía mucho más difícil el mantenimiento de la hegemonía total de un partido, pero no impedía un buen grado de manipulación electoral por parte de quien controlara el ejecutivo o contara con las mayorías parlamentarias; la determinación de las circunscripciones electorales, la elaboración de las listas de electores y la coacción de los votantes daban pie para continuar la tradición de fraude tan arraigada ya en los hábitos colombianos. (69)

Las presidencias conservadoras se prosiguieron hasta 1930. Había un problema más profundo que el de la legislación: la configuración del electorado. No se votaba para una clase social, sino por el partido de su jefe. Los peones votaban para su hacendado, y la mayoría de los hacendados, igual que el clero, sostenían el partido conservador (Minaudier 222). De manera que, en cualquier caso, la estructura social quedaba igual.

Esa imposibilidad de retar al orden social establecido había debido traer una pérdida de confianza en el sistema político en Colombia en el momento de la primera publicación de La vorágine. Eso sin considerar el hecho de que los

programas presentados por los dos partidos que se enfrentaban no respondían tampoco a las expectativas del pueblo.

El liberalismo no podía dejar al individuo liberar todo su potencial como se suponía: hubiese más bien dejado la competencia extranjera penetrar en el país, la cual perjudicaba mucho las redes comerciales tradicionales. Los artesanos que participaron a las primeras huelgas de Colombia en 1918 se quejaban precisamente de esa competencia extranjera. Vemos alusiones a este problema en La vorágine (104-110), cuando fracasa el comercio de Franco a causa de la competencia que le hacía Barrera —quien no era sino el representante de una multinacional— y cuando los peones de don Rafo dejan de servirle esperando un mejor salario con Barrera. La penetración económica extranjera tenía también consecuencias indirectas. Por ejemplo, los salarios que las compañías de ferrocarril pagaban a sus empleados atraían a los peones de las haciendas y pues, dejaban a los hacendados sin mano de obra. Los hacendados se quejaron en vano al estado de esa situación, pues consideraba el gobierno que no iba en el sentido del progreso mantener ese sistema social anticuado (Minaudier 211-212).

El conservatismo no era menos decepcionante. El caso de los trabajadores del caucho abandonados a las empresas extranjeras que enfoca La vorágine, muestra que uno no se podía fiar en el paternalismo conservador, según el cual el orden social tradicional debía estar mantenido mediante programas resultantes de una colaboración entre el Estado y el clero (Pike, Spanish América 130). Si bien el primer sindicato había sido efectivamente fundado con la ayuda del clero, las huelgas más importantes fueron severamente reprimidas sin que este pudiera interceder. Aunque en teoría los obreros se habían beneficiado de un derecho de

huelga, en la práctica, los sindicatos no tenían el poder de desafiar el sistema: Minaudier indica que “Dans les années 20, [les associations d'ouvriers] ne jouissaient d'aucune protection face à l'arbitraire des patrons” (213). Las prioridades del gobierno conservador eran otras, como demuestran las palabras del presidente de Colombia de 1922 a 1926, Pedro Nel Ospina: “La Colombie a besoin d'un gérant qui prenne en charge la réorganisation des finances publiques, le système monétaire et bancaire, et la promotion du développement économique” (Bejarano cit. en Garzón 73).

Se revela que cualquiera que fuese el partido en el poder, lo único que orientaba sus políticas era la necesidad de favorecer el crecimiento económico. El proyecto de desarrollo económico, igual que la necesidad de mantener el orden patriarcal tradicional para llegar a ese fin, justificaban la imposición del orden social por la fuerza. De allí se ve la necesidad de concebir un orden social alternativo fundado en otra cosa que el progreso o el crecimiento económico. Como hemos podido observar en la primera parte de este trabajo, es precisamente la razón práctica, en que se fundan tanto el orden patriarcal como el sistema capitalista, que se cuestiona en La vorágine. Se propone en cambio el fatalismo de Arturo Cova, cuyas acciones no están determinadas por un sistema de valores preestablecido, sino orientadas por el destino y legitimadas por una ley natural que se deduce de la observación del paisaje.

Echando una nueva mirada en la sociedad colombiana, el personaje de José Eustasio Rivera responde a una expectativa fundamental del público colombiano de la época. Hemos visto que las ideas revolucionarias estaban en el aire por lo menos desde 1918, año de las primeras grandes huelgas. Lo que faltaba para que esas

huelgas tengan efecto, era un discurso social que pueda hacerlas legítimas, pues la agitación popular no tuvo otra respuesta que la represión por la fuerza hasta 1930, cuando los liberales pasaron en el poder. Los liberales de entonces ya no eran los que eran antes de que apareciesen los movimientos populares de los 20, como señala el historiador Harry Bernstein (124): no se interesaban más en el anticlericalismo y en la reforma de la constitución, sino en las reivindicaciones de la clase obrera. Enrique Olaya, presidente de 1930 a 1934, reafirmó el derecho de sindicarse e instauró la jornada de ocho horas. La reforma laboral del presidente siguiente, Alfonso López Pumarejo, garantizó el derecho de huelga. Las ideas antiimperialistas ganaban también poco a poco el discurso oficial. A semejanza de José Eustasio Rivera, el famoso hombre político Jorge Eliécer Gaitán denunciaba en 1928 las consecuencias de la penetración del capital extranjero. La comparación puede proseguirse entre el discurso de Gaitán y el del narrador de La vorágine. Gaitán animaba al desarrollo de virtudes individuales como el orgullo personal y el sentido del deber; el diario El tiempo decía incluso de él que privilegiaba el instinto y la pasión frente a la razón (Minaudier 245). Como hizo Eustasio Rivera en su novela, Gaitán procuraba orientar las acciones de sus compatriotas hacia otra cosa que el respeto del orden patriarcal y la búsqueda del beneficio sentando los valores colombianos en bases más personales.

Podríamos sin duda multiplicar los ejemplos donde trasparece el cambio de horizonte de expectativas que proponía La vorágine. Podríamos incluso destacar, siguiendo a J.P. Minaudier (245), que esos valores que defendía Gaitán son los mismos que han formado la Colombia que conocemos hoy. Pero no nos alejemos más de lo debido de nuestro asunto. Aunque sea prácticamente imposible rastrear

el camino que siguieron las ideas de La vorágine hasta Gaitán o hasta la Colombia de hoy, parece ya evidente que no quedaron limitadas al ámbito literario.

II. B. 2. La moral cívica contra la dictadura en Venezuela

El hecho de que en Doña Bárbara se opongan al orden establecido los principios, y no un fatalismo ante el sentimiento de revuelta como el que encontramos en La vorágine, refleja sin duda unas peculiaridades del contexto social de la Venezuela de 1929. Desde la publicación de La vorágine, se había podido comprobar con más certeza que la agitación social traída por la subida de la izquierda en el Caribe, no hacía sino justificar la opresión. Al final del año 1928 en Colombia, los huelguistas de la United Fruit Company fueron severamente castigados y los militantes del Partido Socialista Revolucionario fueron encarcelados. En febrero del año siguiente en Venezuela, los estudiantes de la Universidad central de Caracas habían entrado en huelga inspirados por los de la Universidad de Córdoba en Argentina. Dos meses más tarde, algunos estudiantes complotaron con ciertos oficiales para derrocar al gobierno y algunos manifestantes se apoderaron de un edificio público. No faltaba más para que el presidente Gómez, que estaba todavía a la cabeza del país después de 20 años de dictadura, reaccionara con la ayuda de los generales que le eran leales todavía. Los estudiantes y los oficiales disidentes fueron encarcelados, sometidos al trabajo forzado o exiliados. Si bien era inútil la rebelión contra la todopoderosa dictadura de Juan Vicente Gómez, quien había modernizado y profesionalizado su ejército con los beneficios sin precedentes que le había traído la subida de las exportaciones de petróleo, se podía entrever la posibilidad de un cambio social por la vía

democrática, pues la oposición al régimen dictatorial contaba con una gran parte de la población descontenta. Con Doña Bárbara, Gallegos mostraba a los que hubiesen sido tentados en involucrarse en las insurrecciones armadas que se organizaban entonces, que no harían sino perpetuar la barbarie, mientras que era posible derrotar de una vez la violencia ateniéndose a los principios.

Gallegos, que era profesor de liceo en aquel momento, reaccionó simbólicamente a la represión de la tentativa de insurrección de los estudiantes de la Universidad de Caracas diciendo a sus alumnos "La lección de hoy es sobre moral cívica" y guardando el silencio durante toda la clase (Doña Bárbara 29). Uno puede plantearse cómo ese acontecimiento incidió en Doña Bárbara, puesto que algunos días más tarde, mientras atravesaba el Atlántico para una estancia en Europa durante la cual iba a publicar su novela, quiso arrojar al mar la primera edición, que había interrumpido a principios del año. En todo caso, el tema de la reacción violenta a la hegemonía del caudillo forma el nudo de la tercera parte de la novela. El protagonista, que había tomado "el camino del atropello que le había lanzado a la violencia" (342), acaba por aceptar "el don de paz" de Marisela" (394) y se atiene a los principios. Igual que en ese pasaje de Doña Bárbara, había en la Venezuela de la época una tentación fuerte de oponer la fuerza a la opresión de la dictadura. El ejemplo de integridad que representa Santos Luzardo en la novela de Gallegos supera la ley del llano que quiere que uno reaccione por la violencia a la violencia. A ese propósito, tras haber leído la novela, Gómez concluyó: "Eso no es contra mí, porque es muy bueno. Eso es lo que deben hacer los escritores en lugar de estarse metiendo en revoluciones pendejas" (cit. en Doña Bárbara 27).

El ambiente de opresión en el cual apareció Doña Bárbara podría explicar que Gallegos no se hubiese atrevido a dirigir críticas demasiado directas al dictador en su novela. De hecho, el autor nunca se opuso abiertamente al dictador siempre y cuando estuvo en Venezuela, aunque no lo apoyaba, como demuestra la carta que le envió desde Nueva York en 1931, por la cual renunciaba al puesto de senador que le ofrecía Gómez —Gallegos le contesta que "como ciudadano venezolano protesto contra la grave enmienda que habéis prometido hacerle a nuestra institución republicana" (Licano cit. en. Doña Bárbara 28-29). Los dos no participaban de la misma tendencia ideológica. Si bien al principio del siglo XX, la mayoría de los intelectuales se adherían al positivismo que había llevado el proyecto modernizador de Gúzman Blanco en el siglo anterior, ahora se dividían en dos bandos: los optimistas y los pesimistas (Pike, Spanish America 76). Los primeros, de los cuales formaba parte Gallegos, creían que las masas populares podían estar integradas al progreso nacional mediante la educación, mientras que los segundos creían que eran condenadas a la barbarie, y que había por lo tanto que usar la fuerza para preservar el orden social, lo cual coincidía con el estilo de gobierno de Gómez. De 1889 a 1932, periodo que comprende la dictadura de Gómez, se construyeron solamente 32 escuelas públicas, mientras que en los tres primeros años del gobierno de Guzmán Blanco, en el siglo anterior, se habían inaugurado 100 (Pike, Spanish America 77).

Otro sector de la sociedad desfavorecido por el gobierno de Gómez era el de los terratenientes. Varios habían sido forzados a venderle sus tierras o su ganado por el precio que ofrecía para satisfacer su afán de monopolizar la tierra y el comercio de ganado (Yarrington 20). Algunos de ellos se unieron al grupo de

rebeldes armados encabezados por Emilio Arévalo Cedeño, quien organizó sin éxito varias invasiones en el Arauca a partir de 1915 (Rodríguez). Es precisamente la historia de esa estrategia de intimidación que se cuenta en Doña Bárbara, con la diferencia de que el protagonista se atiene a los principios en vez de dejarse llevar por la violencia. Desde un cierto punto de vista, la agitación social no hacía sino legitimar la opresión del dictador, quien por haber restablecido el orden en el país se conocía como "El Rehabilitador". Además, había en los años 1920 motivos para esperarse que la salvación del país viniera de la integridad de sus ciudadanos, pues Gómez se había mostrado conciliador bajando las tasas del comercio del ganado y destituyendo a los presidentes de estado más impopulares por sus arbitrariedades en el ejercicio del poder (Yarrington 30).

Sabemos que la idea de aferrarse a los principios no era nueva. En la época de la Gran Colombia, el notable Tomás Lander defendía de la misma manera que Gallegos un "criterio de inflexibilidad" con respecto a la distribución de las tierras, los procesos electorales y la administración de la justicia (Moya 31). Sin embargo, el nuevo impulso que le dio el novelista insinuando que había un orden social y una prosperidad inmanentes al llano parece haber tenido un impacto decisivo. Como hemos visto, Gómez ya se había percatado de que su gobierno debía mostrarse más íntegro para mantenerse en el poder. El general Eleazar López Contreras, quien tomó el poder después de la muerte del caudillo, abolió la censura y echó las bases de una reforma del sistema de educación. El General Isaías Medina Angarita, quien dirigió el país a partir de 1941, propuso una reforma agraria y una redistribución de las tierras. El partido de la Acción Democrática, que derrocó al general en 1945, tenía como objetivo principal instaurar un sistema democrático, tras lo cual el

pueblo llevó al propio Rómulo Gallegos a la cabeza del Estado para que ponga en práctica sus ideas.

Es difícil determinar si fueron los artículos de Gallegos en La Alborata o su obra maestra Doña Bárbara la que le valió esa popularidad y favoreció mejor la difusión de sus ideas. No obstante, debemos reconocer que es poco probable que artículos que fueron publicados en una revista que había editado apenas ocho números hayan tenido el influjo de una novela que tuvo un éxito inmediato, que fue canonizada por la crítica, y que fue adaptada al cine en 1943.

II. B. 3. El indigenismo en respuesta al capitalismo en Perú

En el momento de la primera publicación de El mundo, buena parte de la población peruana, de la cual formaban parte los indígenas, seguía deseando una revolución que no venía. El movimiento indigenista, que apareció primero en la literatura costumbrista peruana de la segunda mitad del siglo XIX, había pasado a la política con Manuel González Prada a principios del siglo XX, tras lo cual se fundó la asociación Pro-Indígena de Dora Mayer. El indigenismo tomó un carácter más científico con el ensayo etnográfico Nuestra comunidad indígena (1924) de Hildebrando Castro Pozo, el cual citó Juan Carlos Mariátegui en Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana (1928) para demostrar las ventajas del sistema de organización social tradicional indígena y para asociarlo al comunismo. Se puede concebir que Castro Pozo haya entrado en contacto con Mariátegui, puesto que los dos se dedicaron a la formación de células políticas socialistas en Lima después de la huelga estudiantil de 1919 (Franco, C. 171). Dicho esto, se nota tanto el influjo del marxismo en el trabajo de Castro Pozo, quien publicó en 1936 otro

estudio titulado Del ayllu al cooperativismo socialista, como el influjo del indigenismo en los instigadores de los movimientos políticos de izquierda, pues debían adaptar esas ideologías importadas a la realidad nacional del Perú.

En la región que sirve de telón de fondo a la novela El mundo, fue el Partido Aprista Peruano (PAP) de Haya de la Torre que llevó el indigenismo a la palestra política. Se trataba sin embargo del indigenismo de antes de Castro Pozo, tal como lo concebían Matto de Turner y González Prada: el programa del PAP pretendía más integrar a las masas indígenas a un movimiento político de lucha antiimperialista que incluía varias clases sociales, que defender el sistema político tradicional de las sociedades indígenas, como hizo Castro Pozo. El concebir el modo de organización tradicional indígena como un sistema que se puede comparar ventajosamente con los de las sociedades modernas era algo nuevo. Ese cambio de perspectiva se introdujo en la corriente literaria indigenista solamente en 1941 con El mundo es ancho y ajeno. Y 26 años más tarde fue integrado al discurso político por el general Juan Velasco Alvarado, quien se enfrentaba a los movimientos de guerrilla indígena estimulados por la propaganda del PAP, del Partido Comunista Peruano (PCP) y del Movimiento Izquierdista Revolucionario (MIR).

En el momento de su fundación en 1930, el PAP contaba con un electorado que era particularmente receptivo al discurso revolucionario. Las grandes explotaciones de caña de azúcar y de algodón de la costa habían formado un proletariado descontento de su suerte, la cual era imputable a la penetración del sistema capitalista internacional. Indirectamente, estas empresas habían provocado la concentración de la propiedad terrenal en la sierra comprando cuanto ganado podían producir las grandes haciendas: estas últimas ocupaban un 70% de las

tierras agrícolas del departamento de Cajamarca, mientras que la población campesina que vivía de la agricultura de subsistencia había duplicado de 1847 a 1940 y representaba un 75% de la población. Además, la importación de productos de consumo del extranjero, que se vendían por precios con los cuales los productores locales no podían competir, había minado los circuitos comerciales tradicionales (Drinot 163-170). El PAP, que se presentaba entonces como antiimperialista y proponía la nacionalización de la industria y de las tierras agrícolas, ofrecía soluciones que convenían a quienes perjudicaron esos cambios.

El PAP era la sección peruana de la APRA, la cual había sido fundada en 1924 por Victor Raúl Haya de la Torre. Él se había inspirado de los movimientos de izquierda, que ganaban cada vez más apoyo en Latinoamérica desde la Revolución Rusa de 1917. Si bien el PAP se había ganado el apoyo de los indígenas proponiendo la nacionalización de la industria y de las tierras agrícolas, presentaba en cambio una amenaza para las familias más acomodadas del país. Por eso la oligarquía criolla, con la ayuda del ejército y del capital Estadounidense, había procurado mantener al partido revolucionario apartado del poder, ya sea decretando su ilegalidad o persiguiendo a sus dirigentes.

La crisis económica de 1929 catalizó de cierta manera una polarización de las fuerzas políticas, pues forzaba un cambio en la distribución de los recursos económicos mostrando la deficiencia del modelo anterior de desarrollo basado en la exportación de materia prima. De 1929 a 1930 las exportaciones pasaron de 138 millones de dólares a 88 y bajaron hasta 38 en 1932. En cuanto a las importaciones, pasaron de 70 millones a 16. Se puede observar que el nivel de inestabilidad política y de autoritarismo en Perú en los años 30, es directamente proporcional a la

disminución del crecimiento económico (Palmer 72). El presidente Leguía quien había proclamado al principio de su "oncenio" una política de "indigenismo oficial" y creado la Sección de Asuntos Indígenas, de la cual estaba encargado Castro Pozo, fue derrocado por el comandante Luis Miguel Sánchez Cerro. Este defendía más bien los intereses de varios empresarios locales para los cuales la recuperación económica iba a lograrse prosiguiendo el proceso de privatización de las tierras agrícolas, aunque fuera en contra de la voluntad popular, pues esa situación que dejaba un mercado interior librado de la competencia extranjera, ofrecía a estos empresarios una buena oportunidad para expandir su producción y sus propiedades. En cambio, habiendo sido la agricultura el único medio de subsistencia de buena parte de los campesinos indígenas hasta aquel momento, esa privatización les obligaba a migrar para integrarse a la economía de exportación. Después de la elección sospechosa de Sánchez Cerro en 1931, hubo mucha agitación en los departamentos del norte oeste, donde el APRA tenía más partidarios, es decir, en Lambayeque (60,7%), Cajamarca (42,8%), La Libertad (74,4%) y Huánuco (45,9%) (Latin American Political Statistics cit. en Palmer 90). Siendo desde entonces el partido aprista prohibido, el PAP organizó varias tentativas para tomar el poder por la fuerza (Palmer 88). La más importante fue la de 1932 en Trujillo, durante la cual los insurgentes tomaron la base militar y la ciudad. Esta fue violentamente reprimida por el gobierno: varios miles de simpatizantes y de miembros del APRA fueron fusilados (Palmer 89) y los que sobrevivieron fueron perseguidos hasta no poder proseguir sus actividades políticas.

La vida de Ciro Alegría, quien era de la provincia de Sánchez Carrión en el departamento de la Libertad, fue muy marcada por esos acontecimientos. Participó

al sublevamiento de 1932, por lo cual fue encarcelado y torturado. Fue liberado después del asesinato de Sánchez Cerro en 1933, pero desterrado en Chile el 15 de diciembre 1934 por haber persistido en involucrarse en conspiraciones contra la dictadura. Volvió a Perú solamente en 1954. La experiencia que relata El mundo, a semejanza de la de su autor en Perú antes de su exilio, transcurre principalmente en los departamentos de Cajamarca y La Libertad a principios de los años 1930 y termina con un sublevamiento y una huida. No podemos decir que la situación política de Perú hubiese evolucionado mucho entre su salida y la publicación de El mundo, si no fuese que la recuperación económica y la represión de la dictadura hubiesen apaciguado los movimientos populares. Aparece la novela en 1941 como una (re)presentación de estos acontecimientos, pero desde un punto de vista indígena. Ofrecía así una nueva perspectiva sobre el problema indígena y sobre los debates políticos entre la derecha liberal y la izquierda, pues proponía la comunidad indígena como modelo de organización social en vez de preconizar su integración a la vida nacional. Dicho eso, el cambio de horizonte de expectativas que suponía El mundo no fue efectivo en seguida. Lo vimos integrar el discurso político solamente a finales de los sesenta con el general Juan Velasco Alvarado.

En el momento de la primera publicación de El mundo, el Perú estaba saliendo de ocho años de dictadura. Habiendo el gobierno de Manuel Prado (1939-45) relajado la presión sobre los intelectuales de izquierda, los partidos políticos como el PAP y el PCP aprovechaban para renovar sus fuerzas reclutando nuevos militantes. Entre las corrientes ideológicas que se disputaban la adhesión de las masas campesinas, se destacaban en el seno mismo del Partido Aprista dos tendencias. El nuevo Aprismo contaba con la confianza en el sistema capitalista

internacional que generaba la prosperidad económica, para proponer una integración voluntaria del campesinado al sistema capitalista internacional. Su papel como partido político que maneja el estado se hubiera reducido a limitar los efectos negativos de esa integración. El Aprismo más ortodoxo, defendido por los jóvenes que se adherían al partido y que no se ilusionaban con el capitalismo, formó un ala izquierda que iba a dejar el partido una década más tarde para fundar el MIR. En ese debate entre los defensores del intervencionismo y la izquierda, no aparecían todavía programas que apuntaban la conservación y el desarrollo del sistema de organización social tradicional de la comunidad indígena. Pero aún bajo la dictadura del general Odría (1948-1963), que dejaba poco espacio en la palestra política para proseguir el debate, el pensamiento indigenista seguía desarrollándose en las universidades y en los círculos intelectuales, los cuales se encargaban a su vez de organizar movimientos indígenas, especialmente a través del MIR y de la Federación Nacional de Campesinos Peruanos (FENCAP) controlada por el APRA.

Cuando Fernando Belaúnde tomó el poder en 1963 con su Partido Popular, estaba lo suficientemente consciente del abismo cultural que había entre las elites y el campesinado como para intentar ofrecer las condiciones necesarias para que pudieran cohabitar armoniosamente las comunidades indígenas tradicionales con la sociedad capitalista e individualista de la costa (Pike, The Modern History of Peru 307-310). Pero su tímida reforma agraria no pudo contener la guerrilla indigenista que estalló en 1965. Fue finalmente al general Velasco Alvarado, quien instigó la revolución militar que derrocó a Belaúnde en 1968, a quién se le ocurrió por primera vez utilizar el mito incáico para promover valores que debían llevar a

los indígenas a adoptar su programa. Vemos a continuación cómo anunció a los peruanos su Ley de la Reforma Agraria el 24 de junio del 1969:

...por responder al clamor de justicia y al derecho de los más necesitados, es que la Ley de Reforma Agraria ha dado su respaldo a esa gran masa de campesinos que forman las comunidades indígenas que a partir de hoy — abandonando un calificativo de resabios racistas y de prejuicio inaceptable— se llamarán Comunidades Campesinas. Los cientos de miles de hombres del campo que las forman tendrán desde ahora el respaldo efectivo del Estado para lograr los créditos y la ayuda técnica que indispensablemente se requiere a fin de convertirlas en dinámicas unidades de producción cooperativa. Creemos cumplir así un verdadero deber de reparación para todos aquellos campesinos olvidados del Perú, hombres que centenariamente han sufrido el castigo de todas las expoliaciones y de todas las injusticias. Con esta ley se inicia el camino de su verdadera redención social. Ya nunca más serán las víctimas indefensas del flagelo gamonalista. A partir de hoy, con el respaldo del Estado, serán partícipes en la responsabilidad de su propio desarrollo. Así, verdaderamente al cabo de los siglos, las comunidades campesinas, al ayllu antiguo, símbolo de un milenarismo ideal de justicia que nunca fue totalmente abatido, verán renacidos su fuerza y su vigor para ser, otra vez, dinámicos elementos de progreso como fueron antaño en la antigua y grandiosa civilización de nuestros antepasados. (Velasco Alvarado 49-50)

Así, vemos que el cambio de horizonte que proponía El mundo, reemplazando las ideologías dominantes —o sea, el positivismo científico y el liberalismo económico— por una inversión de la jerarquía entre las sociedades modernas y la comunidad indígena tradicional, no llegó directamente al campesinado. Le había sido transmitido por la creciente clase media que tenía cada vez más acceso a la educación, y cuya perspectiva sobre el problema indígena cambió progresivamente desde la primera publicación de El mundo en 1941, hasta los sesenta. Llegó en primer lugar ese nuevo pensamiento indigenista al campesinado indígena mediante la propaganda izquierdista, que se prosiguió clandestinamente bajo la dictadura de Odría, y en segundo lugar —lo cual puede ser una consecuencia de la transformación del electorado que ya se había operado—

por el discurso político oficial que iba a desencadenar la “revolución desde arriba” de Velasco (quien era por cierto de origen humilde). Se sabe que Velasco había leído a Mariátegui y a otros grandes escritores peruanos y que estuvo en contacto (como militar) con las comunidades indígenas durante las insurrecciones de 1965 (Flindell Klarén 340).

No vamos a exagerar el influjo de El mundo en la sociedad peruana por eso. Como habíamos señalado al iniciar este trabajo de investigación, es prácticamente imposible cuantificar el impacto social que tuvo una obra literaria, puesto que no podemos aislar la sociedad del influjo de las demás prácticas discursivas y de los otros sistemas de comunicación que pueden influir en su estructura. Se debe considerar que los asesores del presidente Velasco, Jaime Llosa y Gerardo Cárdenas, habían formado parte del Movimiento Libertario, el cual seguía el pensamiento de Castro Pozo (De Priego 279), y que, según un testimonio del propio hijo de Castro Pozo, parece que Velasco asistía a las reuniones del partido socialista a cuya fundación participó Castro Pozo en 1930 (Franco, C. 172). Pues, queda claro que la ideología indigenista no había llegado al general Velasco Alvarado únicamente a través de la novela El mundo.

Si bien es cierto que el tratado sociológico de Castro Pozo, al igual que los Siete ensayos sobre la realidad peruana de Mariátegui y los escritos de Haya de la Torre, inspiraron también el programa de Velasco Alvarado, permanece que la obra maestra de Ciro Alegría puede presentar una contribución única al movimiento indigenista. Hemos visto ya cuáles son los nuevos horizontes que abrió dentro del ámbito literario en I. B. 3. : valora el modo de organización social de la comunidad indígena, matiza la demonización del terrateniente que se había hecho

anteriormente y presenta al cholo como instigador de la modernización de la comunidad. Ahora bien, esos mismos cambios de perspectiva sobre los principales tipos que caracterizaban entonces la sociedad peruana tuvieron consecuencias. La transformación de la identidad nacional debía jugar un papel fundamental en la revolución velasquista, como observó recientemente el sociopolítico Juan Martín Sánchez en su tesis doctoral. Él describe la estrategia del gobierno de la manera siguiente:

El plan del Gobierno Revolucionario consistió en intentar transferir la población india al polo moderno de la sociedad mediante su integración en el mercado nacional y el acceso a ciertos derechos sociales y políticos; mientras, de otra parte, trató de eliminar a la oligarquía expropiando sus derechos de propiedad sobre la tierra y buscando transformarla en una burguesía empresarial mediante la transferencia de los capitales detenidos en la propiedad agraria hacia la inversión en la industria. (165)

...Lo «cholo» fue ganando terreno hasta convertirse en la plataforma para una nacionalidad de las mayorías, esto es, una nacionalidad popular frente a la cual las identidades indígenas o criollas habrían perdido peso. Se trataba del cambio más importante habido en la estructura social del Perú en el siglo XX. El discurso nacional del velasquismo captó este importante aspecto tomando a ese nuevo sector social como interlocutor privilegiado... Al mismo tiempo, se trataba de establecer puentes de contacto entre estos últimos y los sectores urbano-criollos antioligárquicos, mientras que el referente indígena... mantenía un carácter mistificador como pilar central de la nacionalidad... (167-168)

Notamos que en la nueva sociedad que dibujaba Velasco Alvarado en sus discursos, la distribución de los papeles atribuidos a los tipos sociales que son el indio, el terrateniente y el cholo, son prácticamente los mismos que les había dado Alegría en su novela: el indio debe integrarse al mercado, el terrateniente puede participar al progreso pero haciendo otra cosa que poseer tierras, y el cholo es el tipo ideal por el cual nace la nueva era, lo cual no correspondía todavía a la manera general de concebir la sociedad peruana.

Velasco Alvarado apartaba la revolución de las corrientes ideológicas ya definidas en la sociedad peruana como lo muestra el fragmento siguiente:

...la Revolución Peruana se define como nacionalista e independiente, y doctrinariamente se fundamenta en el humanismo revolucionario de clara oposición a los sistemas de explotación social y a los dogmáticos y totalitarios. Por tanto, recusa los sistemas capitalista y comunista. (cit. en Martín Sánchez, 147)

No se trataba de dividir la sociedad como lo había hecho Belaúnde, sino de cambiar su estructura para crear una nueva coherencia. Eso se lograría, entre otras cosas, liberando los diferentes grupos sociales del papel que se les había atribuido, o más bien, aprovechando un proceso de transformación identitario que había ya empezado con El mundo. Iniciar ese cambio es precisamente la función social de la literatura tal como lo concebimos en este trabajo. Cuestionar las identidades sociales es también “llevar uno a reevaluar su papel en la sociedad” y por tanto, volver a definir los modos de socialización por los cuales la sociedad pretende desarrollarse. Había que volver a contar los acontecimientos de los años veinte y treinta para cambiar la percepción que la clase política tenía del terrateniente, de las comunidades indígenas y del cholo. Había que colocar al lector en la posición de las comunidades indígenas para que entendiera que más valía adaptar el sistema político nacional a su sistema de valores, que integrarlas a la fuerza al sistema político nacional, para lograr incitarles a participar al desarrollo de la sociedad y mantener el orden.

II. C. Las repercusiones de la novela regionalista

A la luz de esos breves recorridos históricos podemos ver, por una parte, que los diferentes enfoques desde los cuales se presenta la realidad regional en las novelas de nuestro corpus, corresponden con unas particularidades de los contextos sociales en que fueron producidas. Por otra parte, observamos que los cambios de horizonte de expectativas que suponían esas novelas, se manifestó en algunos cambios sociales concretos en los años que siguieron su publicación, lo cual nos lleva a concluir que las novelas regionalistas de nuestro corpus propiciaron cambios de horizonte de expectativas en sus públicos respectivos.

Las características propias a cada una de las novelas de nuestro corpus parecen resultar de una adaptación de la corriente a la estructura de las sociedades que representan. Las tres ponen en evidencia la ineptitud de la estructura social tradicional para paliar los problemas causados por el monopolio capitalista, pero puesto que la tradición criticada no es la misma en cada caso, la crítica y las soluciones propuestas toman formas distintas.

Hemos visto que en Colombia, la elite que controlaba el Estado era incapaz de proteger a los ciudadanos de los efectos nefastos de la penetración del sistema capitalista. La cultura señorial, que justificaba el mantenimiento de esa estructura social jerárquica, implicaba sin embargo que la elite tenía un deber de cuidar a los más débiles. Suponía pues una contradicción la cohabitación del capitalismo y de la tradición patriarcal en la sociedad colombiana de los años 20, la cual destacaba La vorágine mostrando a la vez los efectos nefastos de la invasión del capitalismo y la negligencia del Estado frente a esa situación. El sistema de clientelismo que perpetuaba esa estructura social, representado por los parientes de la novia, el

terratente, el juez y el cura quienes persiguen al protagonista, podía sin embargo estar desarticulado por un regreso a la conciencia individual como el que opera Cova huyendo de Bogotá y renunciando a sus ambiciones de gloria y de riqueza.

En Venezuela, no se podía tampoco contar con el gobierno para proteger a los ciudadanos de los efectos nefastos del capitalismo, pues era el propio gobierno el que monopolizaba los recursos. La revolución armada parecía conducir irremediabilmente al reforzamiento de la opresión, ya sea mandado por el propio Gómez o por el caudillo que lo hubiese reemplazado. Esa estructura social que se autoperpetuaba, presentaba esencialmente las mismas fallas que la alianza del capitalismo y de la cultura señorial en Colombia: eran sistemas que pretendían conducir al progreso de la sociedad, pero del cual disfrutaban una minoría. La diferencia es que la dictadura no estaba sostenida por un sistema de clientelismo, sino por un poder opresivo centralizado que se aprovechó de la división entre los caudillos para derrocarlos. Por lo tanto, no bastaba con apartarse del orden social para quebrantarlo, había que tomarla con la propia barbarie de la cual se originaba, oponiéndole principios intersubjetivos que permitiesen superar las hostilidades, como los que propone el protagonista de Doña Bárbara ateniéndose a los principios.

El orden social tradicional indígena en Perú no estaba ligado al Estado, como la cultura señorial en Colombia, o al capitalismo monopolista, como el caudillismo en Venezuela. Era un sistema relativamente autónomo que fue perturbado a la vez por la penetración del capitalismo y por el Estado, los cuales actuaron en concierto para privatizar el capital agrario. No era problemático porque sustentaba una estructura social jerárquica —al contrario, suponía un reparto

equitativo de los recursos— sino porque no respondía a los imperativos del desarrollo económico. Pues, en la medida en que la comunidad indígena podía aumentar su productividad, su modo de organización social tradicional se presentaba como una alternativa viable a la integración al sistema capitalista. Es precisamente esa conciliación que está encarnada por el cholo en El mundo.

Cada una de las novelas de nuestro corpus apunta la superación de las tensiones que había entre un conservatismo por el cual la tradición mantenía o consentía a la institución del capitalismo monopolista, y la subida de las ideologías revolucionarias. Como hemos visto en I. C. 2., los valores propuestos no suponen un corte completo con el pasado, pues se fundan en una naturaleza intemporal en el caso de la novela de la selva, en un orden social perdido en el caso de la novela de la tierra, y en el comunautarismo indígena en el caso de la novela indigenista. Siendo los protagonistas animados por ese sentimiento de comunión con el espacio regional, parece que no pueden sino actuar para el bien de su patria. Vimos justamente en esa segunda parte, que el fatalismo inspirado a Cova por la naturaleza en La vorágine, frente a su sentimiento de revuelta, se prolongó en los discursos de Gaitán y en la transformación del partido liberal, que el pueblo venezolano creyó lo suficientemente en los principios que defiende Santos Luzardo por apego a su tierra natal en Doña Bárbara como para elegir a Gallegos presidente en 1945, y que la revolución instigada por Benito Castro para salvar a su comunidad en El mundo tenía la legitimidad necesaria como para inspirar una revolución militar y una verdadera reforma agraria 17 años después.

Las soluciones ofrecidas por la novela regionalista a las contradicciones que ponía en evidencia eran mal definidas. El fatalismo de Cova, los principios de

Luzardo y la superación de los límites del hombre concebida por Castro, son de hecho ideales borrosos. Fueron sin embargo aceptados por el público, y todo lleva a creer que generaron cambios sociales concretos. Como si uno hubiese esperado de la novela regionalista una legitimidad para actuar socialmente, más bien que programas políticos claros. Esto nos lleva a considerar que la separación entre los sistemas de interacción comunicativa que propone Schmidt (24) –saliendo de la hipótesis del sociólogo Niklas Luhmann, según la cual cada sistema tiene una estructura interna propia– refleja mejor la realidad social que habíamos creído, pues nos muestra que los distintos sistemas no tratan el sentido de la misma manera. Incluso creemos que cabe plantearse si el sentido es disociable de la estructura interna de los sistemas de interacción comunicativa. El sistema literario integra el pasado y lo subvierte para renovar el horizonte social de expectativas, y luego, tal cambio puede seguir su rumbo independientemente de la obra literaria. El sistema político en cambio, debe captar las expectativas y fijarlas en un programa, en principios y en una legislación, pues su función es dirigir las expectativas de la sociedad hacia una acción concreta. Vemos pues que la cultura sirve para crear nuevos consensos sociales, mientras que el sistema político no hace sino sancionar los que existen ya. En eso seguimos al antropólogo Constantin von Barloewen, cuya postura sobre el asunto es la siguiente:

... En fonction de sa culture, l'homme a une conception différente de l'espace, du temps et de la causalité. Et la hiérarchie des valeurs impose à toute culture sa cohésion interne. (51)

...La culture demeure la forme globale de la configuration de l'existence humaine, la politique est une variable dépendante; les logiques de la pensée et de l'action dépendent de sa culture et de ses valeurs. (65)

Por eso creemos que las implicaciones más directas de novela regionalista, como la integración del sindicalismo y de las reformas agrarias en la palestra política de Colombia, Venezuela y Perú, relativamente poco después de la publicación de las novelas de nuestro corpus, traducen más una adaptación de los partidos políticos a los cambios de mentalidad que una concretización de ellos. Un concepto de justicia natural que emana de la tierra e integra al sujeto social como el que defiende la novela regionalista, no podía sino pervertirse pasando a la palestra política, pues el mismo sistema político de interacción comunicativa supone una justicia escrita y aplicada por un aparato de poder exterior al individuo.

Destacar algunas implicaciones políticas de la novela regionalista sirvió para mostrar que ella puede incidir en la realidad social. Ahora bien, el cambio de horizonte de expectativas que favoreció ese corpus no se reduce a ellas. Para concluir esta segunda parte, quisieramos dar cuenta de su alcance de manera más global.

La decadencia del regionalismo literario en hispanoamérica coincidió con la subida de la filosofía existencialista. Como apunta Alonso, "the organic relationship between Man and Land posited by the indigenous formula was displaced by a conception of Man based on an inescapable state of rootlessness, and on the belief in his permanent alienation from the world and from himself" (200-201). Es decir que mientras se llevaba a cabo el proceso de destrucción de las redes sociales tradicionales por la intrusión del capital internacional al cual había reaccionado la novela regionalista, iban desapareciendo las esperanzas de resistencia en la

literatura dejando sitio a una actitud más pesimista. Ni las tomas de conciencia sociales, ni los proyectos políticos concretos que pudieron haber generado el regionalismo literario, llegaron a parar la concentración del capital, el crecimiento de los intercambios económicos al nivel mundial y la transferencia de poder hacia instancias económicas supranacionales que implican.

Hoy día, la historia de la lucha antiimperialista estaría terminada, según Michael Hardt y Antonio Negri (186-190). La concepción dialéctica del mundo de los primeros teóricos sociales —los autores citan a Hobbes y a Rousseau— según la cual el orden civil es un espacio interior limitado que se distingue del orden exterior de la naturaleza, no corresponde más a la realidad hoy día, pues el mundo está completamente colonizado, geográfica e ideológicamente. La multiplicación de las comunicaciones y de los intercambios internacionales, y la desterritorialización del Imperio, harían que la civilización se concibe mejor como una red que se reproduce y autodetermina, que como la realización de un puro espíritu humano razonable que se difunde en el planeta para conquistar una naturaleza indomada.

Convenimos con Hardt y Negri en que el imperio es omnipresente y autónomo, pero eso no implica necesariamente que la evolución del mundo deje de ser percibida como un proceso dialéctico. Si bien antes el ser humano debía imponerse para resistir a un poder superior que era el de la naturaleza, oponiendo la civilización a la barbarie, hoy debe resistir a otro poder que es el del imperio, al cual opone su propia subjetividad. La dialéctica moderna no se ha desvanecido; más bien se ha invertido. Ya no se busca la humanidad perdida, que se puede definir como un poder de autodeterminación, en la civilización que oprime, sino en sentimientos subjetivos o en espacios naturales utópicos afuera del imperio. Lo que

ha cambiado es que ese poder exterior al hombre no procede más de la naturaleza, sino de la sociedad. Pero el ser humano sigue creyendo que puede liberarse de ese poder, aún cuando se estuviera engañando. La novela regionalista es un ejemplo espléndido de ese fenómeno, pero no es el único. Pensamos por ejemplo en los más recientes El viejo que leía novelas de amor (1992) de Luis Sepúlveda o al cuento "Coyote" (La alcoba dormida, 1992) de Juan Villoro en que un regreso al campo presenta una respuesta a la decadencia de la vida urbana (cit. en Llarena).

Nos permitimos precisar en contra de Hardt y Negri (187), a pesar del gran respeto que tenemos para su trabajo, que en el siglo de las Luces, Rousseau concebía ya el orden civil como un poder exterior al individuo oponiéndole la bondad natural del hombre, a diferencia de Hobbes, quien creía que el hombre es belicoso en su estado natural. Sin embargo, aun en su obra maestra La nouvelle Héloïse, Rousseau no logró solucionar completamente la problemática fundamental que enfocaba, o sea: "Comment la totalité perdue peut-elle être reconquise par le déploiement de la subjectivité dans la vie sociale sans dissoudre l'individu dans l'État ou le retrancher de celui-ci?" (Jauss, Herméneutique lit. 307), pues los sentimientos de los personajes entraban en conflicto con una virtud que parecía proceder todavía de las exigencias de la vida social.

La novela regionalista ofreció una nueva respuesta a la cuestión planteada por Rousseau haciendo depender la virtud de un apego a un espacio geográfico, y disociando la comunidad que vive en ese espacio del Estado y de la tradición. En esa perspectiva, los sentimientos de los protagonistas no pueden más entrar en conflicto con la sociedad, sino exclusivamente con las normas sociales y los intereses egoístas de los individuos que perjudican al bienestar de los que

componen esa sociedad, según los principios intemporales que conlleva el vivir en ese territorio.

Ese aporte de la novela regionalista trasparece en las luchas colectivas en contra de los intereses privados que se prosiguen hoy día. Éstas se legitiman por ese mismo sentimiento de apego a la tierra y de solidaridad para con los que viven en ella. El EZLN en México logra llamar tanto la atención porque habla desde el Planeta Tierra y en nombre de la Humanidad ("Segunda declaración"). Los indios Mapuches en Chile tienen como lema "las tierras usurpadas, serán recuperadas", y se funda en un principio universal, que es el derecho de propiedad de los pueblos sobre la tierra en que viven ("La planète ravagée"). Y cuando los grupos altermundialistas se configuran en redes, por ejemplo la Acción Global de los Pueblos (AGP), lo hacen alrededor de un ideal común fundado en el reparto equitativo de la tierra, como indican en su manifiesto: "Tenemos la visión de una economía y política descentralizadas, basada en los derechos de las comunidades al uso sustentable de los recursos naturales y a planificar nuestro propio desarrollo, con igualdad y autosuficiencia como valores básicos" (Manifiesto de la AGP).

Se requieren principios intemporales y sentimientos de pertenencia para poder apartarse de las estructuras de poder institucionalizadas y querer actuar por el interés de una comunidad. Estos pueden fundarse en la tierra como han entendido los grupos altermundialistas, a semejanza de los autores regionalistas. Por supuesto, uno no podía esperarse de la novela regionalista una concepción global de la tierra y de la comunidad, hay que tener en cuenta los límites del horizonte de sus autores. No obstante, el identificarse con la tierra propiciado por la novela regionalista conllevaba ya una idea de justicia que puede resumirse así:

puesto que la multitud debe convivir en un mismo espacio es preciso que lo respete y comparta equitativamente sus recursos para poder vivir en paz.

Conclusión

Hemos destacado algunos aspectos de la novela regionalista que muestran el papel liberador que puede jugar, mientras que hemos desatendido sus lados menos loables, como su carácter moralizador y los moldes sociales paternalistas que reproduce, los cuales favorecieron sin duda el uso a posteriori de su retórica por aparatos políticos de dominación. Es que el objeto de este trabajo se limita a mostrar cómo ese tipo de literatura cumple una función social, la cual concebimos más como una facultad para transformar las normas sociales que para perpetuarlas a semejanza de Jauss y de Schmidt. Estamos conscientes de que análisis desde otros enfoques teóricos podrían mostrar otros aspectos interesantes de la novela regionalista, pues, no pretendemos de ningún modo haber agotado su sentido. Por eso también hemos subrayado el hecho de que nuestro análisis de la novela regionalista no discrepaba de la de críticos como Carlos J. Alonso o Doris Sommer por ser más justo, sino por servir otros fines.

El hecho de que hayamos optado por hacer la apología de la capacidad de la novela regionalista para proponer nuevas normas sociales no implica tampoco que cuestionamos la pertinencia de otros enfoques teóricos, como el postestructuralismo de la deconstrucción. Creemos que siempre habrá moldes conceptuales que desmontar para dejar espacio al cambio social, y la literatura, al igual que la crítica literaria, puede dedicarse a esa tarea. Queremos sencillamente recordar que otra parte de las posibilidades del sistema de producción cultural es crear sentido. Ciñéndose a esa tarea deconstruktiva el sistema cultural perdería la posibilidad de proponer alternativas al sentido que de todos modos está creado y mantenido a diario por la economía de mercado en todas las sociedades modernas, hecho en

realidad de una carencia que empuja hacia el consumo si seguimos a Jean Baudrillard (Pour une critique de l'économie du signe) y a Deleuze y Guattari ("Les machines désirantes" L'Anti-Edipe). Por eso nos ha parecido más oportuno poner de relieve la posibilidad que el sistema literario explota menos —crear sentido— que la que suele enfocar —desconstruir los moldes sociales existentes.

Obviamente, cuando hablamos de crear sentido no nos estamos refiriendo a un sentido fijo: hemos considerado que ese sentido no existe fuera de su contexto de recepción y del acto de leer, lo cual es precisamente el punto de partida de la Estética de la recepción. Tampoco hemos concebido al autor como la fuente exclusiva de la obra, nos ha parecido claro que si la obra puede provocar un cambio de horizonte de expectativas, es ante todo porque la visión de su autor se enmarca en el pensamiento social de su época. Los autores regionalistas tuvieron que enfocar preocupaciones de su público que estaban allí independientemente de ellos para poder "crear" sentidos nuevos. Contribuyeron así a construir la realidad social de las sociedades de las cuales formaban parte. Pero a continuación, el sentido que habían querido dar a la vida social se les escapó, pues uno podía entenderlo y reinterpretarlo como podía y como quería.

La Estética de la recepción nos ha permitido aislar las innovaciones formales y conceptuales que presentaban cada obra en su contexto social de recepción, mostrando que si bien la obra literaria se construye a partir de la tradición literaria que prosigue y del contexto social en que está creada, supone también una mirada nueva sobre todo eso. Es a esa novedad a la cual nos hemos interesado. Poniéndola de relieve hemos podido identificar la pequeña chispa de cambio que ofrecía a su público, para poder luego intentar reconocerla en la historia del pensamiento de las

sociedades en que fueron publicadas. Es particularmente relevante el hecho de que ese sentido de prelación a unos ideales de libertad y de justicia sobre la ideología positivista que justificaba el mantenimiento de la estructura jerárquica de la sociedad, pues supone que el regionalismo reconcilia al individuo con un sistema social que lo había ignorado animándolo a actuar para transformarlo.

Volviendo a nuestra problemática principal, que hemos expuesto en la introducción de este trabajo (3-5), podemos afirmar que el proceso de creación de sentido que supone la novela regionalista no ha podido estar completamente obstaculizado por los regímenes autoritarios hispanoamericanos. Nuestro breve estudio sociológico ha mostrado que el sistema político reaccionó a la novela regionalista integrando su discurso, de la misma manera que la novela regionalista había sido elaborada a partir de las preocupaciones que suscitaba el sistema político.

Si bien hubo cambios que iban en el sentido de los valores promovidos por la novela regionalista, uno no podía tampoco contar con que el cambio social provocado correspondiera completamente con los ideales de los autores. El sistema literario forma parte de un conjunto de sistemas en que tiene una función, que puede ser sugerir ideales creando nuevas expectativas. Pero para que esas nuevas expectativas puedan traer cambios sociales deben integrar otros sistemas, cuya función no es necesariamente iniciar transformaciones. Al contrario, el sistema político encauza las fuerzas del cambio para estabilizar la sociedad, pero debe por eso concretizar los ideales sociales que hacen el objeto de un consenso. El cambio resulta de una interacción entre los sistemas.

El ejemplo de la novela regionalista que hemos presentado en este trabajo, muestra que si bien la obra literaria no puede imponer unilateralmente su moral a la sociedad, puesto que ella comprende otros sistemas que tienen también su función, tiene no obstante un papel que jugar en su dinámica, el cual es impulsar nuevos consensos sociales renovando el horizonte de expectativas de su público.

Bibliografía

I. Corpus

Alegría, Ciro. El mundo es ancho y ajeno. Madrid: Alianza, 1994.

Gallegos, Rómulo. Doña Bárbara. Ed. José Carlos González Boixo. Madrid: Austral, 1993.

Rivera, José Eustasio. La vorágine. Ed. Montserrat Ordóñez. Madrid: Cátedra, 1990.

II. Textos teóricos

Bakhtine, Mikhaïl. Esthétique et théorie du roman. Trad. Daria Olivier. Paris: Gallimard, 1975.

Berger, Peter L. y Thomas Luckmann. The Social Construction of Reality. New York: Anchor, 1967.

Iglesias Santos, Montserrat. "La Estética de la Recepción y el horizonte de expectativas". Avances en Teoría de la Literatura. Ed. Darío Villanueva. Santiago de Compostella : Universidad de Santiago de Compostela, 1994. 35-116.

Iser, Wolfgang. L'acte de lecture. Trad. Evelyne Sznycer. Bruxelles: P. Mardaga, 1985.

Jauss, Hans Robert. Pour une esthétique de la réception. Trad. Claude Maillard. Paris: Gallimard, 1978.

---. Pour une herméneutique littéraire. Trad. Maurice Jacob. Paris : Gallimard, 1982.

Schmidt, Siegfried J. Foundations for the Empirical Study of Literature. Trad. Robert de Beaugrande. Hamburgo: Helmut Buske Verlag, 1982.

III. Obras consultadas

Alberto Sánchez, Luis. Proceso y contenido de la novela hispanoamericana. Madrid: Gredos, 1976.

Alonso, Carlos J. "The criollista novel". The Cambridge History of Latin American Literature. Ed. Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 195-212.

Bernstein, Harry. Venezuela and Colombia. New Jersey: Engelwood Cliffs, 1964.

- Brisseau-Loaiza, Jeanine. Le Vénézuela. Paris: Presses Universitaires de France, 1982.
- Burns, Bradford E. Cultures in Conflict: The Implication of Modernization in Nineteenth-Century Latin America. Austin: University of Texas Press, 1979.
- Cañizares Esguerra, Jorge. "Nation and Nature: Natural History and the Fashioning of Creole National Identity in Late Colonial Spanish America", Congreso de Latin American Studies Association, Guadalajara, 1997.
- Cornejo Polar, Antonio. Clorinda Matto de Turner, novelista. Lima: Lluvia, 1992.
- De Priego, Manuel. "Memoria y presencia del comunismo en el Perú." Pensamiento político peruano. Lima: Desco, 1990. 231-274.
- Drinot, Paulo. "Peru, 1884-1930: A Beggar Sitting on a Bench of Gold?" An Economic History of Twentieth-Century Latin America. New York: Palgrave, 2000.
- Dabène, Olivier. L'Amérique Latine au XXe siècle. Paris : Armand Colin, 1994.
- Ewell, Judith. Venezuela: A Century of Change. Stanford: Stanford University Press, 1984.
- Fatalisme. Wikipedia. 9 de agosto 2006 < fr.wikipedia.org/wiki/Fatalisme >.
- Flindell Klarén, Peter. Peru: Society and nationhood in the Andes. New York: Oxford University Press, 2000.
- Franco, Carlos. "Hildebrando Castro Pozo: El socialismo cooperativo." Pensamiento político peruano. Lima: Desco, 1990. 155-230.
- Franco, Jean. Introducción a la literatura hispanoamericana. Caracas: Monte Avila, 1970.
- . Historia de la literatura hispanoamericana. Barcelona: Ariel, 1979.
- . La cultura moderna en América Latina. Trad. Sergio Pitol. México: Joaquín Mortiz, 1971.
- Franco, Carlos. "Hildebrando Castro Pozo: El socialismo cooperativo." Pensamiento político peruano. Lima: Desco, 1990. 155-230.
- Garcia, Albert. "Pérou: Le contrôle financier de l'étranger (1884-1970)". Encyclopædia Universalis 2005. <http://www.universalis.fr/>
- García López, José. Historia de la literatura española. Barcelona: Vicens Vives, 1987.

- Garzón, César y Taïeb Hafsi. La stratégie nationale de la Colombie de 1880 à 1985. Montréal: HEC, 1993.
- Hardt, Michael & Antonio Negri. Empire. London: Harvard University Press, 2000.
Abril 2006 <http://en.wikipedia.org/wiki/Empire_%28book%29>.
- Henríquez Ureña, Pedro. Las corrientes literarias en América Latina. Trad. Joaquín Díez. México: Fondo de cultura económica, 1949.
- Hésiode. "Les travaux et les jours" Hésiode. Trad. Paul Mazon. Paris: Les belles lettres, 1996.
- Jaramillo, Jaime Uribe. "Etapas y sentido de la historia de Colombia". Colombia hoy. Ed. Mario Arrubla. Bogotá: Siglo Veintiuno, 1985.
- Jaramillo, María Mercedes, Betty Osorio y Ángela I. Robledo. Estudio preliminar. La nación moderna. Identidad. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1996.
- Leo, Ulrich. "Doña Bárbara y Doña Perfecta. Un caso de ramificación literaria." Revista Iberoamericana 30 (1950): 13-25.
- Lynch, John. "L'indépendance de l'Amérique espagnole (1808-1826)." L'histoire 32 (1981): 48-59.
- Martín Sánchez, Juan. La revolución peruana: ideología y práctica política de un gobierno militar. Seville : Universidad de Sevilla, 2002.
- Manigat, Leslie. Évolution et révolutions. L'Amérique Latine au XXe siècle (1889-1939). Paris: Richelieu, 1973.
- Minguet, Charles. La Venezuela de hoy. Paris: Masson et Cie, 1973.
- Moraña, Mabel. Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940). Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literatures, 1984.
- Moya, Saide S. de, y Oswaldo Moya. Historia contemporánea de Venezuela. Caracas: Co-Bo, 1977.
- Minaudier, J.P. Histoire de la Colombie de la conquête à nos jours. Paris : L'Harmattan, 1992.
- Nietzsche, Friedrich. Oeuvres. Ed. Jean Lacoste. Paris: Robert Lafond, 1993.
- Olivera, Julio. "Rebelión en el Perú." Obras escogidas.
<<http://www.tinet.org/~elebro/poe/joli/libro0.htm>>

- Orlando Melo, Jorge. "La república conservadora." Colombia hoy. Ed. Mario Arrubla. Bogotá: Siglo Veintiuno, 1985.
- Oviedo, José Miguel. Historia de la literatura hispanoamericana. 2. Del romanticismo al Modernismo. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- . Historia de la literatura hispanoamericana. 3. Posmodernismo, Vanguardia, Regionalismo. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- . "Una discusión permanente". América latina en su literatura. 1972. Ed. César Fernández Moreno. México: Siglo Veintiuno, 1980. 424-440.
- Palmer, David Scott. Peru: the Authoritarian Tradition. New York: Praeger, 1980.
- Perus, Françoise. De selvas y selváticos. Bogotá: Universidad de los Andes, 1998.
- Pike, Frederik B. Spanish America 1900-1970: Tradition and Social Innovation. Nueva York: Norton & Company, 1973.
- . The Modern History of Peru. New York: Frederick A. Praeger, 1967.
- Pineda Camacho, Roberto. "El caucho y el proceso esclavista". Revista credencial historia 160 (2003): 30 par. 25 de julio 2005.
<<http://www.lablaa.org/blaavirtual/credencial/abril2003/1raro.htm>>.
- Portuondo, José Antonio. "Literatura y sociedad". América latina en su literatura. 1972. Ed. César Fernández Moreno. México: Siglo veintiuno, 1980. 391-406.
- Prieto, René. "The literature of indigenismo". The Cambridge History of Latin American Literature. Ed. Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 195-212.
- Quijano, Aníbal. "Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú: 1895-1930." Clases sociales y crisis política en América Latina. Ed. Raúl Benítez Zenteno. México: Siglo Veintiuno, 1977.
- Rodríguez, Frank. "Emilio Arévalo Cedeño." Mayo 2002. Historia. Noviembre 2005. <http://www.venezuelatuya.com/biografias/emilio_arevalo_cedeno.htm>.
- Rostow, Walt Withman. Les étapes de la croissance économique. Paris: Éditions du Seuil, 1963.
- Sarmiento, Domingo Faustino. Facundo. Ed. de Roberto Yahni. Madrid: Cátedra, 2001.

- Sánchez, Luis Alberto. Proceso y contenido de la novela hispanoamericana. Madrid: Gredos, 1976.
- Shaw, D.L. Gallegos: Doña Bárbara. Madrid: Castilla, 1971.
- Secretaría de la C.E.P.A.L. El desarrollo social de América Latina en la postguerra. Buenos Aires: Solar, 1966.
- Sommer, Doris. "Love of Country: Populism's Revised Romance in *La Vorágine* and *Doña Bárbara*." Foundational Fictions. Los Angeles: University of California, 1991. 257-289.
- Touraine, Alain. Critique de la modernité. Paris: Fayard, 1992.
- Urdinavia Bartarelli, Eduardo. "Para una nueva lectura de *Ciro Alegría*". Revista de crítica literaria latinoamericana 78 (1978): 175-181.
- Uslar-Pietri, Arturo. Breve historia de la novela hispanoamericana. EDIME: Caracas, 1954.
- Von Barlowen, Constantin. Anthropologie de la mondialisation. Paris: Éditions des Syrtes, 2003.
- Wilky, James W. Statistics and National Policy. Los Angeles: UCLA Latin America Center, 1974.
- Yáñez, Agustín. El contenido social de la literatura iberoamericana. Acapulco: Americana, 1967.
- Yarrington, Doug. "Cattle, Corruption, and Venezuelan State Formation During the Regime of Juan Vicente Gómez, 1908-35." Latin American Research Review 38.2 (2003). Octubre 2003 . <http://muse.jhu.edu/journals/latin_american_research_review/toc/lar38.2.html>